

# Sobre el oficio del latinoamericanista

Pláticas y reflexiones

Mario Miranda Pacheco

Prólogo  
Ricardo Melgar Bao



*cubo*  
*ediciones*  
Proyectos Culturales "Victor Jara"

Agustín Rodríguez Fuentes  
*Secretario General*

Alberto Pulido Aranda  
*Secretario de Prensa y Propaganda*

Carlos Hugo Morales Morales  
*Secretario de Finanzas*

*Comité editorial:*

Alberto Pulido Aranda, Octavio Solís, Carlos López Gómez  
Joaquín Salvador, Pablo Miranda, Ángel Acosta

[www.stunam.org.mx](http://www.stunam.org.mx)

[www.consideraciones.mx](http://www.consideraciones.mx)

Cubo Ediciones  
Proyectos Culturales "Víctor Jara"-Cine internacional rebelde y cultural

Diseño: Grupo Proyectos Asfáltica

*Sobre el oficio del latinoamericanista. Pláticas y reflexiones*, en la colección **Cuadernos de Consideraciones** es una coedición entre la Secretaría de Prensa y Propaganda del STUNAM, Cubo Ediciones y Proyectos Culturales "Víctor Jara"

© Familia Miranda / Estudios latinoamericanos. Pláticas y reflexiones. 2010

Primera edición: 1997

Segunda edición: 2010

ISBN 978-970-94-2661-6

Queda autorizada la reproducción total o parcial de esta obra, siempre y cuando dé el crédito del autor o autores y, asimismo, anote la referencia completa de las instituciones involucradas.

Impreso y hecho en México



**Mario Miranda Pacheco (1925-2008)**

Estudió las carreras de Filosofía y Derecho en la Universidad Mayor de San Andrés en La Paz Bolivia. Se doctoró en Derecho Constitucional en la Universidad de París y en Filosofía Contemporánea en la Universidad de Nottingham, Inglaterra. Impartió cátedra sobre diversas asignaturas en las Facultades de Derecho y Ciencias Políticas, Filosofía y Letras y Sociología de la UMSA. Fue dirigente estudiantil. Fundó el Frente de Liberación Nacional (1964) y el Partido Socialista (1971). Por su dirigencia de movimientos democráticos y socialistas contra la dictadura y el golpe de estado de 1971 en Bolivia, lo condujo al exilio en México. Desde 1971 al 2008, impartió cátedra en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Varias son sus obras publicadas: *Signos y figuraciones de una época. Antología de ensayos heterogéneos* (2004); *La Filosofía mexicana entre dos milenios* (2002); *Crisis de poder en Bolivia, escritos histórico-políticos* (1995); *El populismo en Bolivia* (1983); *La educación como proceso conectivo de la sociedad, la ciencia, la tecnología y la política* (1978); *Radicalización y golpes de Estado en América Latina* (1973); *El Pensamiento de Marx y El marxismo viviente* (1970); *La concepción Marxista del hombre* (1968). Asimismo fue un destacado conferencista, editor y compilador de estudios sobre Latinoamérica. Mereció varias condecoraciones y reconocimientos.

ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

Sobre el oficio del latinoamericanista  
Pláticas y reflexiones

Mario Miranda Pacheco

Prólogo

Ricardo Melgar Bao

¿Quieres que América Latina cambie?  
    Transfórmala, hazla distinta.  
    Piensa bien en lo que quieres.  
No la cambies para que sea como la otra,  
    entonces no será latina,  
    ya no será tuya, no será nuestra

## CONTENIDO

Nota editorial .....	13
Prólogo de Ricardo Melgar Bao .....	15
Presentación .....	21
1. Sobre el oficio del latinoamericanista .....	25
2. Diez notas sobre la carrera universitaria de Estudios Latinoamericanos. ....	39
3. Interdisciplinariedad en los Estudios Latinoamericanos .....	46
4. Alegato en pro de los Estudios Latinoamericanos ...	64
Referencias .....	89

## APUNTES PRELIMINARES

Amigo lector, con el fin de estar actualizándote, es necesario reiterar en lo siguiente: el Sindicato de Trabajadores de la Universidad Nacional Autónoma de México (STUNAM) tiene dentro de sus funciones institucionales un rubro filosófico de doble carácter y de fundamental compromiso como herencia del sindicalismo independiente, no sólo con nuestros agremiados y con aquellos con quienes directamente nos relacionamos día con día en el ejercicio de nuestras labores de contrato de trabajo, como lo sucede con estudiantes, académicos, investigadores y demás universitarios, sino también en general con organizaciones y sociedad civil.

Con base en lo mencionado y en el hecho de encontrarnos en el seno de una de las universidades más importantes del mundo, nuestro sindicato está obligado a ser parte del debate y discusión, de la documentación y medio de difusión, de la realidad política y social, así como incluso a promover el arte y la cultura.

Dar una respuesta satisfactoria a dicho planteamiento, nuestra organización sindical orilla su esfuerzo hacia una intersección entre los logros materiales e inmediatos del trabajador, y el mejoramiento y ejercicio del espíritu, la conciencia y la eticidad.

La publicación de temas recientes y sobre todo que nos atañe de forma directa a los trabajadores universitarios, es un quehacer que requiere, por un lado, un desempeño concienzudo, riguroso, permanente, tenaz y animoso y, por otro,

una elección más concisa a partir de un grupo plurificado que decida de manera imparcial; lo cual, con ambos casos, queremos seguir cumpliendo en todo los aspectos ascendentemente.

El libro en tus manos representa la continuidad de nuestros proyectos y obligaciones. La colección **Cuadernos de Foro Universitario**, representada por dos formatos de discursos expresivos diferentes: **Nueva literatura mexicana** y **Pensar América Latina**, ahora se distingue -manteniendo esos mismos dos formatos- con la nominación de **Cuadernos de Consideraciones**; ésto ha sido necesario por el hecho de ejercer la congruencia y coherencia, ya que a nuestro juicio el cuidado editorial, la presentación y contenido, experimentan un esmerilado trato, para una mejor recepción de las obras publicadas.

Tal cual mantenemos nuestros objetivos al seguir difundiendo materiales inéditos del arte de la palabra escrita (poesía, narrativa y análisis literarios); así como ensayos y reflexiones que traten o pormenorizen objetivamente acerca de la realidad social, cultural, económica, ideológica y política de Latinoamérica, dándonos con ello cuenta, sobre todo, de los últimos quince años de dicha región.

Nuestras dos vertientes tienen la intención de convertirse en crisoles de las nuevas generaciones de estudiantes y trabajadores de la Universidad Nacional Autónoma de México.

La Secretaría de Prensa y Propaganda del **STUNAM**, con la editorial independiente **Cubo Ediciones**, con el colectivo estudiantil **Proyectos Culturales "Víctor Jara"** y con



el Grupo Proyectos Asfáltica, reconsideran también importante seguir abriendo el espacio a las nuevas generaciones de jóvenes creadores en ciencias sociales y humanidades; así tanto afianzar los lazos existentes entre los estudiantes y los trabajadores de base, que ayude a compartir experiencias vitales a través del oficio de labrar las ideas y la sensibilidad poética, como extender e intercambiar comunicación y proyectos editoriales con otras agrupaciones sindicales universitarias o no.

El presente trabajo es una coedición entre la Secretaría de Prensa y Propaganda del STUNAM y la editorial Cubo Ediciones. Los textos para los primeros números fueron seleccionados por comités editoriales plurales respectivos para cada colección, con la intención de abrir convocatorias, que hagan extensiva la participación a todos los trabajadores y estudiantes de la Universidad Nacional en la publicación de sus materiales.

Fortalecer nuestras economías, grupos sociales y familiares; estimular nuestras inteligencias; defender nuestras libertades; acordar y cumplir mejoras de formas de trabajo... es compromiso de todos los involucrados: "Por un espíritu crítico y universal seguimos a la vanguardia".

**Octavio Solís**

STUNAM, México D.F., junio 13 de 2010

## NOTA EDITORIAL

Estimado lector, con esta segunda reedición de las *Pláticas y reflexiones* de Don Mario Miranda Pacheco en torno al oficio del latinoamericanista, pretendemos colaborar en el noble propósito de buscar las palabras que se nos han perdido en la ruta del progresivo declive del pensamiento crítico. En este sentido, consideramos de gran importancia trabajar para, desde y con la memoria histórica, ya que Latinoamérica requiere de una nueva hambre intelectual que se ocupe de identificar, diferenciar, enjuiciar, desafiar, y traducir en hechos concretos las posibles soluciones a sus problemas contemporáneos.

Por lo anterior, es prioritario repensar los oficios que se ejercen desde el intelecto, así como escuchar de manera durable y con atención las voces del pasado para adquirir la habilidad de pensar para, martíanamente dicho, servir. Así pues, para los latinoamericanistas el pretérito es lección, enseñanza válida para comprender el presente, y arsenal de estrategias para enfrentarse al futuro.

Con este sentimiento reflexivo, agradecemos a tod@s l@s que se solidarizaron de forma moral y económica, para que este trabajo sea otra vez nuevo, fresco, del día, y sirva sin duda alguna como una herramienta espiritual e ilustrativa para enfocar mejor la generalizada crisis de nuestros días como un problema, abordado también, de seguridad intelectual. Estamos seguros que Don Mario, a través de su obra, sigue como el pasado: vivo, vigente y actual.

**Proyectos Culturales “Víctor Jara”**



## PRÓLOGO

Mario Miranda Pacheco (1925-2008) intelectual, político, exiliado y docente boliviano es el autor de *Estudios Latinoamericanos. Pláticas y reflexiones* (1971). Su perfil de maestro se afirma en esta obra, tanto por su mensaje, como por su modo didáctico de desarrollar las aristas que deben enfrentar los estudiosos de América Latina. Esta obra editada gracias a una loable y justiciera iniciativa de estudiantes de Proyectos Culturales “Víctor Jara” de la Facultad de Filosofía y Letras y la familia Miranda puede ser interpretada como un significativo reconocimiento a su condición de maestro probo, de sembrador de ideas y dones compartidos, de animador de oportunas acciones solidarias con los pueblos de nuestro continente, entre alzas y quiebres.

Recordemos que este libro había tenido muy mala fortuna institucional. Dos iniciativas a favor de su publicación entre los años 1994 y 1997 por parte del Colegio de Estudios Latinoamericanos no fueron atendidas, por lo que esta obra inédita yacía en lo que impropiaamente las burocracias llaman “archivo muerto”. Los estudiantes han aprendido a separar la paja del grano de estos archivos olvidados, su emprendimiento editorial es un botón de muestra. Los estudiantes, nos prueban además que la patrimonialización del capital letrado recusa al estereotipo depredador del “archivo muerto”. La primera versión que era más rica en contenidos, tuvo que ser sacrificada por el propio autor en aras de rescatar los textos de mayor impacto formativo. A pesar de que los escritos seleccionados poseían explícita y legítima pertinencia educativa,

en tiempos de la reforma curricular de la licenciatura en Estudios Latinoamericanos, muchas de sus ideas y planteamientos han trascendido hasta el presente. A más de una década de distancia, la revalorización de la obra del maestro Miranda es ratificada por varios de sus discípulos y colegas. La lectura de la obra permitirá apreciar sus vetas propositivas para encarar tanto la formación de los latinoamericanistas, como los retos que demandan sus investigaciones.

Las cuatro entradas expresan el pensamiento crítico acerca de igual número de temas relevantes y convergentes sobre los estudios latinoamericanos y su proyecto formativo. Pocos saben que el autor dedicó muchos años de su vida y de su quehacer intelectual al diagnóstico de los problemas de la educación superior en México y América Latina. Lo anterior explica su capacidad de síntesis para presentar desde muchos ángulos la cuestión de los estudios latinoamericanos y su horizonte ocupacional, educativo, político y moral. El prisma analítico del autor cruza referentes históricos de corta, mediana y larga duración. No les será difícil a los lectores descubrir una huella subyacente en el primer escrito dedicado al oficio del latinoamericanista. Nos referimos a la oralidad inherente al ejercicio docente vuelta tradición y hábito. La transcripción de una cinta magnetofónica que databa del año 1987 recuperó el habla del autor. Si la oralidad es la principal huella que deja a su paso el maestro, aquí tenemos una al alcance de la vista y la reflexión, más allá de los retoques escriturales que en su momento le diese. La oralidad no siempre es vehículo de registro de las grabadoras y videos, pero sí modo de expresión hegemónico durante el proceso de enseñanza aprendizaje, un

canal de circulación de ideas y sentimientos. Y en su seno, ideas y sentimientos construyen sentidos e inciden en el imaginario de nuestros universitarios y por extensión en algunas de sus conductas.

Mario nos brinda una genealogía y prospectiva de este tipo de estudios interdisciplinarios de cara a las expectativas y preocupaciones de los estudiantes y los profesores. Elogió su viabilidad y presentó sus riesgos. Defendió sus virtudes en una Facultad donde todavía reinan los proyectos curriculares mono disciplinarios. Desactivó el estigma de la “todología” con el que se ha pretendido descalificar esta opción formativa e investigativa, así como otros prejuicios monodisciplinarios a la luz de razonables argumentos epistemológicos, teóricos y metodológicos. Además de ello, pasa revista crítica a las imágenes distorsionadas e interesadas sobre nuestro continente, marca sus hitos y refiere brevemente sus contextos. Discute los modos no convergentes de los estudios latinoamericanos, los extracontinentales y los emergidos de su seno, sus diálogos, desencuentros y préstamos, también sus intereses en juego. Por lo anterior, guardaba el ánimo y la esperanza de que estos “papeles” se salvaran de convertirse en “ceniza o cualquier otra cosa”, según rezaba la frase con la que concluyó la redacción de su presentación, en una mesa de la cafetería “Mascarones” de la Facultad un 7 de junio de 1997.

Mario, gracias al aula y la cafetería, más que al auditorio y los corredores, realizó su entusiasta magisterio, entre reflexiones y pláticas. Sabido es que la plática tiene su cuota de espontaneidad y horizontalidad. Y era conocido que nuestro profesor la cultivaba y modelaba como una extensión de su ejercicio

docente; tenía la certeza sobre su potencial fecundidad. Desde el inicio de sus primeros cursos el año de 1971 hasta sus últimas pláticas en 2008, el arte de dar y recibir hicieron, día con día, a este maestro de la UNAM, a este docente boliviano de calidad ejemplar.

Nuestro maestro sabía que la pregunta del alumno era un don inapreciable. Así nutría sus propias reflexiones sobre las urgencias nacionales, continentales y mundiales, como también sus disquisiciones acerca de los avatares de la historia y la política latinoamericana. Mario también inquiría a sus interlocutores de muchas maneras. Nótese en el libro la saga de interrogantes que el autor va desplegando a lo largo de cada uno de sus acápites. En uno de ellos, nos advierte que para él las preguntas “no son un juego verbal”, tienen competencia y hondura y por ende, invita a sus lectores a procesar sus respuestas como ejercicio individual y responsable, ético cognitivo. Y si hay saga de cuestiones también las hay de reflexiones, asertos y prevenciones.

Destacaremos el hecho que de manera explícita nuestro autor en dos oportunidades ha proyectado su lar nacional, sea para espejear la Revolución fallida, tanto en su país como en la Guatemala en tiempos de Arbenz, sea para homologar la identidad del boliviano a la del mexicano o peruano, más allá de sus respectivos particularismos. El estado, la educación y la dependencia fueron temas recurrentes en las reflexiones y pláticas de Mario. No fueron los únicos, pero sí les dio especial atención y así aparecen. Más aún: reivindicó la utilidad social del conocimiento y del quehacer del latinoamericanista, actor y testigo del drama continental. Recusaba la desvinculación

y la indiferencia entre los latinoamericanistas. La pertenencia y el lugar de la enunciación revelan que la exterioridad le es ajena al estudiante, el docente o el investigador latinoamericano. Para ellos no hay coartada creíble, la ilusoria y evasiva neutralidad es evanescente y banal. Sin lugar a dudas, la ética del compromiso es reiterada e ineludible para los latinoamericanistas según Mario Miranda y los que coincidimos con él. Consideraba nuestro maestro que el saber y el ejercicio profesional debía tener utilidad social.

José Carlos Mariátegui consideró que un maestro de la juventud se revela en el espejo estudiantil. A este maestro de nuevo tipo, los “estudiantes lo respetan y lo escuchan... En la biblioteca, en el claustro, en el patio de la Universidad, rodeado familiarmente de sus alumnos, es siempre el maestro. Su autoridad es un hecho moral.” Mario Miranda Pacheco pertenece a esta estirpe cada vez más rala de filas en este siglo XXI.

**Ricardo Melgar Bao**

Ciudad Universitaria, marzo de 2010





## PRESENTACIÓN DEL AUTOR

Los trabajos reunidos en este volumen han sido escritos en diversas circunstancias y sin la intención de formar un libro. No obstante la autonomía de uno y otro, hay cierta vinculación y afinidad entre ellos. Esto se debe a que no son producto del azar, sino resultado de la actividad académica y de reflexiones reiterativas. Su motivación se ha sostenido en el diálogo eventual con estudiantes y colegas empeñados en consolidar e impulsar la formación del “latinoamericanista”. Aunque esta sucinta explicación dice lo principal de lo que podría interesar al lector, pienso que debo hacer explícitas algunas características de su contenido.

1. Los estudios latinoamericanos constituyen un campo de conocimientos que carece de una definición formal o conceptual. Con esta denominación genérica se hace referencia a todo cuanto son y representan la región (por sí misma) y la cultura de América Latina; por sus alcances, incluyen todo lo que está y no está escrito en su literatura, filosofía e historia, o todo lo que se conserva como testimonio de un pretérito inmemorial. Asistidos de las ciencias sociales, estos estudios enriquecen la identificación y análisis de diversos problemas concretos de la sociedad y desarrollo de la región. Por ello, a mi juicio, sus parámetros reflejan distintos niveles de investigación, creatividad y difusión. En consecuencia, y no obstante su índole poco dispuesta para elaborar una



definición, pienso que las finalidades de este tipo de estudios, --ínsitas en el conocimiento, comprensión y explicación de lo que es y representa esta América nuestra y diferente-- tienen suficiente fundamento para sustentar múltiples reflexiones acerca de su institucionalización e importancia.

2. Con la certeza de que sería vano proponer una definición exhaustiva de estos estudios, he preferido buscar su sentido mediante aproximaciones diversas, quizás ingenuas, al acotamiento de una formación académica. Así, los trabajos reunidos se orientan preferentemente hacia la necesidad de satisfacer la inquietud de los estudiantes antes que al pensamiento de los doctos, o al señalamiento de puntuales consideraciones epistemológicas y metodológicas. Por ello, estas “pláticas y reflexiones” contienen vivencias que se traducen en ideas personales, ciertamente subjetivas e impugnables.

3. Los materiales publicados no están seriados ni tienen un orden cronológico. Han sido seleccionados y organizados en función de una ruta de interés que, supongo, es la que buscan los estudiantes, en especial los de primer ingreso. Cada escrito (plática o reflexión) responde a una circunstancia específica. Al respecto, cabe citar como ejemplo el “alegato en pro de los estudios latinoamericanos”, trabajo que refleja un estado de ánimo ante la situación que ha enfrentado América Latina en la gelidez de la “guerra fría”, período de tan poquísimos años atrás, que los estudiantes de ahora, probablemente, no recuerdan.



4. Lo que expreso en estos escritos no tiene los alcances de una “fundamentación” rigurosa o sistemática, ni luce “la objetividad” de las fijaciones derivadas de un supuesto análisis “científico”, aséptico y neutral. Los fragmentos aquí reunidos han sido escritos con pasión e interés, con sinceridad, que los expertos, que no faltan, observarán como defecto. Esto es lo de menos y me tiene sin cuidado. Prefiero asumir mi responsabilidad por los defectos antes que por las virtudes. Lo que importa es el ánimo de contribuir a la discusión de cuestiones que demandan atención en las cotidianas labores de incrementar y difundir el conocimiento de nuestra realidad.

5. Esta publicación tiene su historia y las circunstancias de su aparición obligan a referirla brevemente. A mediados de 1994, el Dr. Javier Torres Parés, representante de los profesores de la Facultad ante el Consejo Universitario, me preguntó por el destino de algunas pláticas y otros materiales míos sobre el tema de los estudios latinoamericanos. Le dije que estaban en archivo muerto, listos para la fogata casera o para ser reciclados en las plantas industriales del papel. Su idea de publicarlos fue convincente. La sugerencia se convirtió en invitación que, aceptada, produjo el efecto de “armar” un libro que, en su primera parte, incluía los materiales de esta publicación y, en la segunda parte, recogía otros escritos de temas afines en torno a la conceptualización de la historia, el discurso histórico y los alcances de la historia de América Latina, la modernización de nuestros países y el esbozo de un ensayo sobre el colonialismo posmoderno, forma dominante



de la globalización actual. El libro, sometido a trámites editoriales, no se publicó. De ésto hace tres años.

6. Entre el 2 y 4 de junio de este año, el Colegio de Estudios Latinoamericanos, CELA, tuvo su coloquio en Oaxtepec para analizar la propuesta de un nuevo plan de estudios. En esa ocasión, los coloquiante abordamos diversos aspectos tratados en los escritos que componen esta publicación. El Coordinador, Dr. José Antonio Matesanz, en conocimiento del texto, me propuso publicar el libro de marras, como una contribución al debate sobre la reforma curricular. Dado el propósito de circunscribir esta publicación a docentes y estudiantes del CELA, he suprimido la segunda parte, con la esperanza (actitud tozuda para vivir con lucidez) de que, algún día, se publique el libro como fue inicialmente armado. Me ha sido grato resumir esta historia para testimoniar mi reconocimiento a nuestro representante en el Consejo Universitario y al Coordinador del CELA, sin cuyas iniciativas e incitaciones estos papeles habrían sido ceniza o cualquier otra cosa.

Cafetería Mascarones, C.U., 10 de junio de 1997

## SOBRE EL OFICIO DEL LATINOAMERICANISTA<sup>1</sup>

Como ya se dijo en la inauguración de nuestras actividades académicas, este ciclo de pláticas tiene como propósito comentar el significado de un oficio intelectual, en el conjunto de carreras que imparte la Facultad. Las diez mesas redondas organizadas para tal fin tratarán el mismo tema, pero desde el punto de vista de los distintos colegios o unidades académicas.

¿Qué puedo decir de un oficio intelectual, si la costumbre induce a suponer que el quehacer académico es ajeno a todo oficio, entendido éste, restrictiva y prejuiciadamente, como actividad manual? ¿Cómo decirles a ustedes que las profesiones académicas son también oficios que se identifican y califican en los interminables dominios del conocimiento y la práctica?

Para iniciar esta plática, será necesario referirse a una evidencia generalizada. Todos sabemos que los oficios manuales o intelectuales surgen de las necesidades humanas; evolucionan o desaparecen con la división social del trabajo; progresan y se consolidan con la especialización del conocimiento práctico, que es la forma más rigurosa de dividir el trabajo de la sociedad. En resumen, sabemos que el desarrollo de los oficios se traduce en la acumulación y perfeccionamiento vivo y orgánico de experiencias, hábitos y técnicas que se enseñan y transmiten en todo tiempo y lugar.



El dominio de un saber práctico y determinado es el signo distintivo de todo oficio. Los franceses tienen una expresión familiar, “savoir faire”. Su traducción literal, “saber hacer”, nos da un sentido vago, indeterminado, demasiado amplio de lo que implican los conceptos de saber y hacer. Como un equivalente de esa expresión utilizamos, en español, la frase “saber su oficio”, expresión o frase que ya significa algo más concreto; significa un “saber hacer” referido tanto a las labores de diseñar, crear, producir y transformar objetos materiales o de otra índole, como a la ejecución de determinadas técnicas o procedimientos. La burda o delicada materia extensa y pesada de que está hecha una cosa adquiere nuevas formas y se ennoblece en manos del artesano; de manera semejante, el pensamiento, que es materia distinta de esa sustancia extensa y moldeable de que están hechos los objetos materiales, visibles o tangibles, también se transforma y expresa en conceptos e imágenes, en juicios, teorías e hipótesis, en metáforas o fórmulas de distinto orden y de distinta finalidad informativa o explicativa. Para decirlo de otro modo, el pensamiento y el conocimiento, atributos propios del hombre, se transforman en arte, historia o ciencia.

La distinción de la materia de que están hechas cosas y la finalidad expresiva de sus formas de realización son los elementos que definen la naturaleza manual o intelectual de los oficios. Desde este punto de vista puede hablarse con propiedad de la manualidad del oficio de carpinteros, albañiles y alfareros, o del oficio intelectual de escritores, oradores, poetas y científicos, y así sucesivamente. En ambos tipos de oficio, con sus conocimientos prácticos y teóricos, el hombre crea



y produce formas y objetos nuevos, totalmente distintos de los que hay en la naturaleza, mundo no transformado con su intervención.

Disculpen ustedes que hayamos asomado las narices al terreno de la ontología. Era necesario hacerlo pero abandonaremos tal intromisión de inmediato, para ocuparnos específicamente de los oficios intelectuales, de aquellas ocupaciones creativas y disciplinadas que, por su aprendizaje en las universidades y otros centros de educación superior, son profesiones académicas que en la práctica se parangonan con los oficios.

La oportunidad es propicia para añadir otra consideración. "Saber su oficio" implica tener conocimientos suficientes, implica conocer y dominar el uso de aquellos elementos sin los cuales no hay oficio. En términos sencillos, esto quiere decir que, en su oficio o profesión, uno debe familiarizarse con los materiales, técnicas y labores que ha de emplear para crear, producir o transformar lo que se propone, para realizar aquello en lo que está preparado. Todo esto forma parte de la práctica, entendida como actividad múltiple, concreta e inagotable, sustentada en el conocimiento con que el hombre crea sus obras. El que sabe su oficio anticipa la experiencia de lo que hace. Crea en su pensamiento la imagen, modelo o representación, el acabado y aún la contemplación de lo que realiza. En la predisposición de responsabilizarnos por los resultados de la actividad realizada, radica el sentido de esa expresión tan castiza de "saber su oficio".





Para ejercer una profesión, o un oficio, se requiere de cierta capacidad, habilidad o pericia adquirida en un disciplinado proceso de aprendizaje, o perfeccionada en experiencias continuamente renovadas de la práctica. Este requisito es más riguroso si se trata de los oficios intelectuales, rigor que se funda en la fusión de los cambios graduales o drásticos del aprendizaje en el curso creativo de la investigación. En la fusión de estas habilidades y operaciones intelectuales radica el valor intrínseco de la práctica, ejercicio creativo, continuo y permanente. Por ello puede afirmarse que no hay oficios acabados de una vez por todas, aunque en todos ellos se desarrollan habilidades, destrezas, técnicas y conocimientos que se aproximan a la perfección.

Esta breve digresión me permite centrar el tema y reformular las preguntas del comienzo de esta plática. ¿Qué se puede decir del oficio del latinoamericanista? ¿Cómo explicar a ustedes, alumnos del Colegio de Estudios Latinoamericanos, la naturaleza y finalidad de este oficio aparentemente nuevo y, sin embargo, tan antiguo como el descubrimiento o hallazgo, conquista o encuentro de nuestro mundo? Estas preguntas no apuntan a un juego verbal e intencionado con el fin de insertar, artificiosamente, el oficio de latinoamericanista en el repertorio de profesiones universitarias. Por el contrario, mi propósito surge de una preocupación y no es otra que la de situarnos ante una condición o destino que nos hace latinoamericanos, y ante un oficio por el cual optamos para hacerlo nuestro.



Pongamos atención en lo que acabo de decir. El oficio no es destino, sino opción personal -y para el caso que hoy ocupa nuestra atención- es opción que ofrece la Universidad. Su elección implica participar de una situación académica en la que se aprende a comprender y explicar América Latina, o a conocer su realidad para transformarla.

La técnica académica de “diseñar el perfil del estudiante”, como acostumbran decir los expertos en asuntos curriculares, y que difiere poco de la tarea de especificar una profesión u oficio académico, permite agregar otras dos preguntas que me parecen relevantes. ¿Debemos conservar la idea de que América Latina es todavía un mundo en proceso de formación? ¿O, no obstante sus inacabamientos y carencias, podemos afirmar que nuestra América ya es una realidad plena de sentido? En esta disyuntiva están representadas dos hipótesis útiles para examinar lo que implican las actividades de “comprender” y “explicar”. Mas comprender y explicar América Latina son tareas inherentes al oficio del latinoamericanista, son actitudes y actividades que, implicándose recíprocamente, borran sus fronteras en la reconstrucción histórica de complejos procesos formativos, en la identificación de problemas comunes y específicos de nuestros pueblos, en la construcción de una imagen que no sólo es concepto sino, y sobre todo, realidad que debe ser estudiada para entenderla y explicarla, para integrarla y transformarla.

Si queremos comprender América Latina, los puntos de partida son la vivencia, la experiencia intuitiva, la informa-



ción, la investigación, la comunicación. “Vemos” su imagen en la bruma de su desarrollo; percibimos fenómenos y procesos que aún no han cuajado en formas acabadas y precisas. Si el oficio nos capacita para transparentar esa bruma, descubrimos la riqueza de lo heterogéneo y comprendemos el sentido de su diversidad.

Si nos proponemos explicar la presencia actual y sustantiva de América Latina, partimos necesariamente de su realidad presente y no desligada de su pasado. En su presencia física, nuestra América es construcción cósmica, mundo natural de sobrecogedoras dimensiones, espacio geográfico privilegiado por sus diferencias regionales; en su constitución histórica, es conjunto de pueblos testimonio, de sociedades híbridas, desequilibradas en su modernidad y atraso, activadas por economías dependientes y vulnerables, y también es mosaico de pueblos con particularidades intransferibles, de naciones y estados en formación, de países periféricos de desarrollo desigual; en su configuración cultural es amalgama de diversos acervos endógenos o impuestos, acervos culturales hibridados o marginados. Esto quiere decir que para explicar la América en que vivimos, debemos comprender los innumerables rasgos y situaciones que le dan identidad, que la hacen una, diversa y distinta de otras regiones del mundo. La comprensión de su inacabado proceso formativo y la coherencia explicativa de sus diferencias concretas son reglas disciplinarias que rigen el oficio del latinoamericanista.

Las actividades de comprender y explicar, fincadas en el proceso del conocimiento, se distinguen por sus resulta-



dos particulares y reflejan actitudes y capacidades personales de quien aprende el oficio. En tanto que la actividad de comprender tiene relación inmediata con la subjetividad, con un yo involucrado en vivencias que concientizan la realidad que se estudia, la actitud de explicar impele a pasar del yo al tú, al otro, a ustedes, a los demás, mediante la obra o producto en que se materializa el trabajo del que ejerce el oficio. Con el ánimo de simplificar estas cuestiones ciertamente imprecisas, ambiguas, podría afirmarse que el binomio comprender-explicar implica un vasto proceso de conocimiento para constituirse en meollo formativo del oficio que motiva esta plática.

El latinoamericanista, en su función intelectual y académica, tiene la tarea de explicar la realidad latinoamericana, lo que de esta realidad ha comprendido. Con tal fin identificará nexos y diferencias, relaciones, procesos y resultados, semejanzas e identidades que determinan la globalidad y diversidad de esta región del mundo. Para precisar estos aspectos de comprensión y explicación, pienso, por ejemplo, en la forma en que nosotros, por nuestro lado, y en la que otros círculos no latinoamericanos, por el suyo, comprenden nuestras crisis políticas, el proceso de integración, la deuda externa o los modelos de modernización. Latinoamericanos y latinoamericanistas explican estos problemas en función de causas y procesos genuinamente históricos, en tanto que los círculos referidos comprenden y explican lo que conviene a sus intereses, en desmedro de principios y aspiraciones que son comunes a nuestros pueblos.



El oficio del latinoamericanista no es tan nuevo como parece. Comenzó con los descubridores y Colón fue el primero en “leer” los signos de estas tierras dando nombres a islas, cabos, mares, montes, ríos; por ello también se dice que fue el primer hermeneuta de nuestro mundo. Habló y escribió sobre el escenario geográfico y sobre sus pobladores, según él, gentes de dulzura y bondad hasta el momento en que su hallazgo devino conquista y “el encuentro de dos mundos” se transformó en explotación. Entonces, según el mismo hermeneuta, “la tierra más hermosa que vieron sus ojos” se convirtió en botín y la perfección de sus gentes fue devaluada como idolatría y barbarie, ante todo como pecado que debían castigar el rey de España y el poder de Dios. A partir de ese tiempo narrado por el navegante y luego por los cronistas que asistieron a la evangelización y colonización, la imagen de lo que es hoy América Latina se quebró en múltiples fragmentos que pasaron a depender de otras fuerzas y poderes representados por descubridores, conquistadores y colonizadores.

Las crónicas del período colonial enseñan muchas cosas. Nos enseñan una geografía de caminantes guiados por el rumbo de las estrellas y el curso natural de los ríos; nos enseñan una historia basada en cosmogonías propias de la región y en la tradición oral de los naturales. El relato vivo y la observación directa son métodos con que registraron valiosos conocimientos que hoy día, en la historia del saber, constituyen elementos protocientíficos de geografía, arqueología, etnografía, antropología, psicología regional, lingüística, religión comparada, administración pública, finanzas y otras



disciplinas que hoy día difícilmente un latinoamericanista podría abarcar. No obstante que en ese conocimiento de la crónica colonial están presentes múltiples prejuicios y recetas ideológicas de dominación, su importancia es señera para saber de nuestros orígenes, sobre todo de nuestra historia, que con la crónica tomó la forma escrita.

Con las guerras de independencia surgió un conocimiento nuevo de nuestra realidad. Los insurgentes o patriotas, según cómo se los llame en una u otra región, conocieron nuestros derechos y aspiraciones, nuestras necesidades de unidad e integración. En ese momento constitutivo de un nuevo escenario, el conocimiento de nuestra América, convertido en proyecto histórico, ha ayudado a pasar de la comprensión de una realidad a la construcción de un mundo que decidió su destino en la intensa lucha de los despojados de libertad, en la intuición de justicia que tenían sus masas indígenas, en la rebelión de mestizos y criollos, en la hambruna de sus pueblos y aldeas, en el ideario de los libertadores y en el discurso de sus escritores e ideólogos. Esa etapa de nuestro conocimiento será cada día más significativa para quienes somos latinoamericanos por destino y latinoamericanistas por oficio.

Después de esa epopeya, en la primera mitad del siglo XIX, el conocimiento de nuestra América tuvo características sistemáticas, utilitarias y menos simbólicas. En esa etapa que Halperin Donghi caracteriza como “período de larga espera”, la visión o conocimiento de la región reflejó la mirada



atenta y audaz de funcionarios y hombres de negocios europeos, particularmente la de los cónsules británicos quienes, en la niebla de nuestro atraso, percibieron con claridad las debilidades políticas y carencias económicas en que se debatían nuestros pueblos. En los hechos, durante ese período, fueron otros quienes se ocuparon de conocernos. Unas veces extraordinarios viajeros con formación científica, o historiadores imaginativos como Prescott; pero las más de las veces activos agentes de las finanzas y el comercio.

A partir del último tercio del siglo XIX, y ya entrado el siglo XX, América Latina devino definitivamente objeto de conocimiento. Se la estudia por su geografía e historia, por su arte y literatura, por su vida política, o por su arqueología y antropología, pero también se la estudia para aplicarle tasas de inversión, saqueo y explotación. El gran capital utiliza los logros de las ciencias sociales en función del espacio y de los recursos naturales. Petróleo, minerales, plantaciones, ganadería, transportes, son los grandes capítulos escritos por los cronistas del imperialismo. Estudian nuestra sociedad y nuestra economía para que sus enclaves no propicien el desarrollo, para que la explotación de las masas trabajadoras aumente dividendos y plusvalía en las metrópolis, para que las élites nativas sean cómplices concientes de ese estado de cosas. Miseria, analfabetismo, huelgas, masacres son temas de la historia social. Gran parte de nuestra literatura refleja con fidelidad los desequilibrios y conflictos humanos y sociales. La ideología, el pensamiento filosófico y la teoría del cambio social no son indiferentes a esta época que aún ahora es pasado y presente.



El conocimiento de nuestra América, en sus vicisitudes, ha sufrido cambios notables. Hasta hace poco, diversas metodologías y categorías de análisis y hasta la misma terminología, eran insumos importados. Hoy estas cosas han cambiado y seguirán cambiando gracias a las aportaciones de los latinoamericanistas que retoman con responsabilidad las raíces y frutos de nuestra realidad. Pese a ello, para muchos, América Latina es sólo un concepto, una construcción intelectual, o sólo una masa geográfica y poblada moldeada por la naturaleza y la cultura occidental.

Sea cual fuere la manera de percibir nuestra realidad, lo que importa es tomar conciencia de que, como en ninguna otra parte, aquí se da la relación de hombre y mundo en el más profundo de los sentidos. La naturaleza, además de ofrecer sus recursos y riquezas, es todavía un reservorio de valores y representaciones. Sus gentes se reparten en extensas latitudes; viven en montañas que tocan la bóveda celeste o a la orilla de ríos inacabables en su curso y caudal; transitan por desiertos de arenas calcinadas o se asientan en valles jocosos y praderas infinitas; penetran en bosques oscuros e inacabables o surcan sus mares sin contorno. América Latina no es parroquia ni barraca, sino fuente generadora de vida y principio de esperanza.

Las estructuras económicas, sociales y políticas, las etnias y pueblos testimonio son formas analógicas de su ser. Esto quiere decir que América Latina es y representa lo que hemos conservado y lo que hemos llegado a ser en el curso





de la historia. Que tenemos necesidad de transformar su economía, su estructura social y el poder político, es materia de reconsideración permanente. Sus formas culturales, cada día más erosionadas por fuerzas avasalladoras, constituyen géneros de vida que debemos defender. Los ideales y proyectos de unidad e integración son esfuerzos todavía no resueltos.

En la amalgama de la tierra con el hombre y su historia están presentes los elementos de la identidad latinoamericana. Muchos de nuestros pueblos y en latitudes distintas, construyeron imperios hoy inexistentes; otros todavía viven en la sombra de sus bosques, en sus islas bruñidas por el sol o en los páramos pulidos por el viento. Algunos todavía son recolectores, otros ya están en los umbrales de la postmodernidad. Más, a todos ellos y a nosotros nos ha tocado vivir una cotidianeidad saturada de experiencias valiosas, de temores y riesgos, de proyectos y esfuerzos; en fin, nos ha tocado participar de la historia de América Latina como una aventura prodigiosa.

En esa aventura el latinoamericanista está situado como actor o testigo. Sus labores de comprensión y explicación habrán de ser pacientes, metódicas. Quien tenga este oficio habrá de empeñarse en desarrollar sus cualidades personales para la observación, la reflexión y el análisis de una realidad que ha perdido su simplicidad. Nuestro mundo es complejo; trae diversos componentes metabolizados en siglos ignorados por la historia escrita, y también trae los nuevos



elementos de culturas y sociedades con las cuales hemos mantenido una vinculación continua y asimétrica de cinco siglos. Por nuestra cuenta hemos creado lo propio, lo que no puede ser negado ni enajenado. Para el oficio, todo esto entra en juego, se incorpora al conjunto de habilidades y destrezas para investigar y producir un conocimiento que revele el dominio de una materia repartida entre el quehacer material y la actividad espiritual de los latinoamericanos.

Nuestra América, en su escenario y en sus entrañas, ha recibido formas de vida de otros continentes y sangre de otras razas para hacer su tejido humano y social. En ese entramado le enseñaron al latinoamericano a explotar a sus semejantes, luego, después, también le enseñaron a extraer y enajenar el oro, el petróleo, el estaño, o los frutos del trabajo. Con esa pedagogía levantó ciudades, creó sus formas políticas, erigió el poder y fabricó el fantasma de su negación. En esta historia de muchos siglos, su arte y su cultura, a pesar de ninguneos y despojos, conservan su vitalidad renovada en la creatividad colectiva, anónima e insondable.

En el oficio, se aprende a comprender que América Latina se expresa de infinitas maneras. Y también se aprende que cada forma del conocimiento impartido en nuestro Colegio, filosofía, historia y literatura, se engarza necesariamente en las tareas de comprender y explicar el mundo al que nos debemos. Por ello pienso y sostengo que cuando el destino de ser latinoamericanos depara la opción de ser latinoamericana-



nistas, nos emplaza a desempeñar un oficio con lo mejor de nuestras capacidades y empeños.

Esto es lo poco que puedo decirles acerca de este oficio que ustedes han escogido y que se aprende sólo en la obra, haciéndolo.

## **DIEZ NOTAS SOBRE LA CARRERA UNIVERSITARIA DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS <sup>2</sup>**

La Coordinación del Colegio de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Letras ha pedido que sus profesores escriban, en tres cuartillas, “una reflexión sobre la carrera y el perfil del egresado”. Me será difícil condensar una problemática tan amplia en tan poco espacio; sin embargo, y con el riesgo de no tocar diversos asuntos significativos, considero que será de alguna utilidad resumir los siguientes aspectos:

1. En las universidades latinoamericanas, no obstante su historia de innovaciones recientes, la institucionalización de la carrera profesional de estudios latinoamericanos representa una novedad académica. La novedad no radica en considerar América Latina como objeto de conocimiento académico, sino en el hecho de que los estudios sobre esta región sirvan para que las universidades formen recursos humanos de alto nivel, preparados para cumplir una función social concreta.

2. La poca información nacional e internacional que se tiene acerca de esta carrera universitaria proporciona escasos elementos de comparación; por ello, los problemas con que tropieza una reflexión acerca de su función e importancia obligan a reducir el análisis a sus alcances y propósitos. Los alcances se refieren a la generalización o especialización de



disciplinas que debe establecer su plan de estudios; los propósitos se relacionan con la formación de profesionales de alto nivel. Estas dos cuestiones son inherentes a la necesidad de impartir estudios específicos y pertinentes de la sociedad, la historia y la cultura de América Latina.

3. El desarrollo de cualquier carrera universitaria se funda en la planeación curricular y en la organización del saber impartido; por ello resulta obvio que toda licenciatura, como conjunto de estudios sistematizados, implica cierta especialización, aunque en el aprendizaje de sus estudiantes predominen criterios generalistas, lo cual significa que las disciplinas en que se formen sean amplias, conexas y sistemáticas. En sentido estricto, la especialización es un nivel académico que pertenece al ciclo de estudios de posgrado. Sin embargo, cualquier carrera cuenta con la posibilidad de hacerse más concreta, en la medida en que los conocimientos que se imparten en ella tengan calidad académica y función práctica. Estas exigencias tienen importancia para la carrera de Estudios Latinoamericanos; tomarlas en cuenta y hacerlas efectivas contribuirá a que sus egresados se inserten con mayor eficacia en las actividades de docencia, investigación y creación intelectual.

4. En la reflexión sobre la carrera impartida en la Facultad de Filosofía y Letras, es pertinente referirse a la existencia de otro centro que funciona en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. En esa unidad académica no se ofrece el



título profesional de licenciado en Estudios Latinoamericanos sino sólo estudios de posgrado, en los niveles de maestría y doctorado. Su base curricular se asienta en un enfoque preferentemente científico, el que corresponde a las ciencias políticas y sociales. De manera paralela, en la Facultad de Filosofía y Letras, además de contar con el Colegio de Estudios Latinoamericanos para licenciatura, se cuenta con el posgrado de maestría y doctorado. Los estudios de ambos niveles tienen un enfoque humanista y se sustentan en tres áreas principales: historia, filosofía y literatura, como disciplinas conexas que permiten una formación interdisciplinaria, distinta y polivalente.

5. Una carrera universitaria, en lo que corresponde a su pertinencia, está determinada por la demanda de la sociedad y por la adecuación de sus objetivos institucionales a dicha demanda. En el caso que se comenta, la demanda social está relacionada con la importancia que tiene América Latina en la coyuntura actual. La necesidad de estudiar nuestra América en todos sus aspectos está presente en el desarrollo del conocimiento de su sociedad y de su cultura. Esta evidencia es indudable. Por otra parte, la Facultad de Filosofía y Letras, como parte constitutiva de la Universidad Nacional Autónoma de México, ha sido creada para impartir una educación humanista. En consecuencia, el enfoque humanístico de los estudios latinoamericanos no niega ni excluye la validez e importancia del enfoque científico o técnico; por el contrario, lo asimila para ampliar el conocimiento e interpretación de la sociedad y la cultura latinoamericanas.



6. La consideración de América Latina como objeto de conocimiento plantea paralogismos que conviene deslindar. Por una parte, no implica la invención del objeto de estudio, sino el conocer la historia, el pensamiento filosófico y la literatura de una realidad existente. Por otra parte tampoco implica la especulación vana, sino el estudio crítico de un objeto que, en el plano teórico y de reflexión, es y será objeto de conocimiento y transformación. En tal sentido, la asimilación de los resultados objetivos de las ciencias sociales no debe ni puede desvirtuar la naturaleza de la carrera. Este es un objetivo en la formación del latinoamericanista, cuyo valimiento radica en la tarea de asimilar el ser y acontecer de América Latina con los valores y aportaciones que ofrecen las ciencias.

7. El documento constitutivo del Colegio afirma que su enseñanza será interdisciplinaria. Sin embargo, todavía no existen condiciones adecuadas para tal propósito. La interdisciplinaria es un principio activo de la docencia y de la investigación. Sirve tanto para aprender como para enseñar; por ello puede afirmarse que es el complemento necesario de la libertad de cátedra, ya que abre horizontes creativos de diverso tipo y facilita la superación de hábitos obsoletos de información y estudio. Reflexionar sobre cuestiones interdisciplinarias será una actividad orientada hacia el planteamiento de aspectos concretos de innovación en el plan de estudios y, con ello, el papel que juegan tanto los aspectos de orden organizativo, como los de metodología y sistematización de la enseñanza.



8. El objetivo principal de la enseñanza interdisciplinaria es la formación polivalente del estudiante. Este tipo de formación profesional implica, por una parte, que en el egresado debe estimularse la formación de hábitos y actitudes que le permitan adecuar sus conocimientos teóricos y prácticos a las exigencias del mercado de trabajo; por otra, que se le enseñen procedimientos para reciclar sus estudios e innovar su preparación. La consecución de este propósito es inseparable de la modalidad interdisciplinaria. La formación polivalente conduce a que el egresado llegue a disponer de conocimientos dinámicos, que pueda integrarlos y aplicarlos, asimilando ideas vivas de la ciencia social, la filosofía, la historia y la literatura. En este tipo de formación juegan un papel significativo aquellas metodologías que contribuyen a desarrollar el ejercicio crítico de la comunicación, como factor útil para difundir la cultura.

9. El enfoque humanista, la enseñanza interdisciplinaria y la formación polivalente del egresado, son criterios que requieren de un análisis para que no sean meros enunciados. Ese análisis deberá cumplirse cuando se decida lo que corresponde al plan de estudios. En tal sentido, y para hacer operativo un humanismo de tipo moderno, deberán sistematizarse las disciplinas dentro de una concepción que permita partir de bases firmes para que la historia, la filosofía y la literatura de América Latina no se desvanezcan en una atmósfera de ambigüedad y erudición. En lo que toca a la enseñanza interdisciplinaria, cabe anotar que deberá sustentarse en una efectiva preparación metodológica y en





una práctica constante, ambas orientadas a evitar la información atomizada e inconsistente; finalmente, la formación polivalente deberá tender, en lo posible, a que los egresados, en el mercado de trabajo, estén capacitados para la enseñanza, investigación, comunicación y otras funciones que cumple el trabajador intelectual. La formación polivalente no equivale a formar eruditos ni portadores de un saber enciclopédico, sino a preparar al estudiante en el desenvolvimiento de sus posibilidades personales y creativas.

10. Los estudios latinoamericanos de carácter científico (Facultad de Ciencias y Políticas y Sociales), o de naturaleza humanística (Facultad de Filosofía y Letras), tienen proyección nacional e internacional. Según la composición de la matrícula, puede afirmarse que la institucionalización y desarrollo de estos estudios han despertado interés creciente en estudiantes de México y de otros países. Esto quiere decir que los estudios impartidos, dentro de lo relativo, son congruentes con los requerimientos de una demanda de carácter internacional. Sin embargo, este indudable logro necesita ser evaluado. Tanto el interés de los estudiantes nacionales como las expectativas de los extranjeros (que provienen mayoritariamente de países latinoamericanos), han situado a la UNAM como la única institución seria para impartir estos estudios, dándoles nivel profesional, profundizándolos en el posgrado y, con ello, proporcionando a la sociedad contemporánea un profesional calificado, un producto académico que se inserte en las actividades docentes, de investigación y de creación intelectual. Esta finalidad académica y social obliga a considerar que ha-



brán de fijarse nuevas metas para reforzar el valor y la función social de la carrera del latinoamericanista.

## INTERDISCIPLINARIEDAD DE LOS ESTUDIOS LATINOAMERICANOS <sup>3</sup>

Diversos informes sobre la educación superior revelan que la formación académica y profesional de las nuevas generaciones tiene fallas serias. Preocupa esta información porque sostiene que dichas fallas residen, principalmente, en la incongruencia de los sistemas de enseñanza con las necesidades de la época. Múltiples carencias e inadecuaciones en los contenidos reflejan la obsolescencia de los planes y programas de estudio, así como anacronismos en la metodología y los procesos de aprendizaje. Esta situación se deja sentir en el recelo y desasosiego de grandes sectores estudiantiles frente al Estado, a las instituciones educativas y al mismo sistema de educación superior. Tal situación, como en 1968, en París y en otras capitales del mundo, refleja la necesidad de modificar funciones, estructuras y procesos educativos que arrastra la formación de los egresados y que inciden fuertemente en su inserción como profesionales en el mercado de trabajo.

La demanda social de educación, que en América Latina está condicionada, en gran parte, por los desequilibrios que se dan entre el crecimiento demográfico y el insuficiente desarrollo económico y social, no es sólo de orden cuantitativo sino también cualitativo. La juventud que pasa por las aulas universitarias intuye que su futuro está en juego con una formación deficiente para trabajar en una sociedad que se hace cada día más compleja y más desigual. En ello percibe



la inconsistencia de un saber que no se adapta a los requerimientos emergentes de la competitividad, la modernización y el dominio del saber. Por ello, el desasosiego universitario expresa, en niveles distintos y con lenguajes diferentes, una imperiosa necesidad de innovaciones consistentes para superar la situación que prevalece actualmente.

El mejoramiento cualitativo de la educación superior, en lo general, y la institucionalización de carreras referidas a la realidad de América Latina, en lo específico, son aspectos que difícilmente pueden llegar a niveles de calidad formativa sin el planteamiento y solución de diversos problemas teóricos y prácticos. En ello se sustentan el análisis y las respuestas que pueden darse en lo que atañe a los contenidos de una educación adecuada a los intereses de la región, a los fines de una formación orientada hacia la integración económica y política, hacia el desarrollo de nuestros países y, principalmente, hacia una efectiva inserción de las universidades en los complejos procesos de preservar y enriquecer nuestra cultura. El entrelazamiento de problemas difíciles y soluciones viables constituye un condicionamiento académico-institucional de gran importancia para llevar a cabo innovaciones que revolucionen la manera de impartir y aprender, asimilando conocimientos humanísticos y científicos que fortalezcan la afirmación histórica de América Latina.

En esta perspectiva, presentar una ponencia de reducida extensión sobre la naturaleza interdisciplinaria de los estudios latinoamericanos, implica la responsabilidad de



tocar aspectos inherentes al mejoramiento cualitativo de la enseñanza superior para relacionarlos, por lo menos tangencialmente, con los alcances de una innovación educativa que, referida al orden académico y curricular, permita subrayar finalidades concretas para una formación profesional de alto nivel. Por ello, y con el convencimiento de que toda ponencia es un conjunto de proposiciones personales destinadas a su discusión, en el presente trabajo se esbozarán algunos criterios en torno a la naturaleza de la interdisciplinariedad que, considerada como una exigencia formativa de nuevo tipo, tiene marcada importancia para los estudios latinoamericanos.

### 1. La interdisciplinariedad como sistema, relación y labor

La necesidad de innovar, coordinar y difundir los estudios latinoamericanos, es una proposición reiterativa. Su planteamiento recoge, en cierta forma, la imperiosa demanda universitaria de mejorar cualitativamente sistemas y metodologías de enseñanza, en lo que se refiere a la comprensión y conocimiento de nuestra realidad. Consecuentemente, en diversas reuniones continentales realizadas entre 1974 y 1977, han sido aprobadas sendas recomendaciones que subrayan el propósito de introducir y desarrollar la interdisciplinariedad, como un nuevo enfoque metodológico de enseñanza e investigación en los estudios latinoamericanos.

Sin embargo, esta exigencia formativa de nuevo tipo, como se la denomina en alguna parte de esta ponencia, no ha sido planteada con sentido unívoco. Así, en un caso,



la recomendación sugiere “que se impartan conocimientos preferentemente en un sistema de interdisciplinarietà que informe sobre el pensamiento y la cultura de nuestro continente” (VII Asamblea General de la UDUAL, Oaxtepec, Edo. de Morelos, México, 7 al 11 de noviembre de 1976). En otros acuerdos, se dice: “Recomendar una mayor integración respecto a las diversas disciplinas latinoamericanas, interdisciplinarietà en estos estudios” (Reunión de Expertos, convocada por la UNESCO, París, 24 al 25 de mayo de 1977). También “se recomendó a la UNESCO, al Departamento Cultural de la OEA y a las instituciones de cultura superior de América Latina den su apoyo para la formación de expertos en la orientación de esta enseñanza pero, siempre, en una relación interdisciplinaria” (IX Congreso Interamericano de Filosofía, Caracas, 20 al 24 de junio de 1977). Por último, se ha planteado “la necesidad de tales estudios (los que imparten los centros de estudios latinoamericanos) como medio de la anhelada integración en una labor que ha de ser interdisciplinaria” (Reunión de Expertos, a cargo del Departamento Cultural de la OEA, Houston, Texas, 3 al 6 de noviembre de 1977).

En las recomendaciones anotadas hay un evidente consenso: la impartición de los estudios latinoamericanos, en lo posible, debe ser interdisciplinaria. No obstante que los expertos desean potenciar la importancia formativa de la interdisciplinarietà, dándole significados de sistema, relación o labor, es pertinente indicar que han creado, involuntariamente, cierta confusión terminológica. Su identificación como



“sistema” implica que la interdisciplinariedad deberá ser un conjunto ensamblado de elementos cuyo comportamiento depende tanto de las propiedades de las partes que lo componen como de sus relaciones recíprocas. Tal identificación es adecuada sólo para la organización curricular de las asignaturas; esto es, para un plan de estudios que, como todo sistema no probado en su operación y desarrollo, puede o no ser adecuado. La interdisciplinariedad, para su aplicación eficaz y operativa, deberá ser ejercida como una práctica de sistematización del saber, asistida de una metodología que logre la interacción de distintas disciplinas científicas, generando nuevas áreas de investigación y enseñanza que enriquezcan la extensión y profundidad del conocimiento. En resumen, la interdisciplinariedad en los estudios latinoamericanos, antes que sistema, habrá de ser una práctica que estimule la creatividad en la investigación y docencia.

Por otra parte, si la interdisciplinariedad ha de ser entendida sólo como una “relación”, tal enfoque no toma en cuenta el deslinde de los dominios del saber, la convergencia disciplinar en los objetos de estudio, el cruzamiento de metodologías y lenguajes que, desde un punto de vista general, son aspectos formales de la interdisciplinariedad, en tanto se la considere como planteamiento innovador de la investigación y la docencia.

Finalmente, si se la requiere como una “labor” pura y simple, la organización interdisciplinaria de los estudios latinoamericanos corre el riesgo de deslizarse hacia un prag-



matismo irreflexivo, una rutina requerida por una educación tecnocrática, no buscada por la comunidad académica dedicada a este tipo de estudios ni por la sociedad latinoamericana dadas las derivaciones sociales económicas políticas e ideológicas que genera este tipo de educación.

Con los puntos de vista que anteceden y con el fin de contribuir a la discusión de un tema que no es sencillo, en esta ponencia pretendo cumplir tres propósitos: a) tratar, someramente, el significado y la importancia de la interdisciplinariedad; b) hacer un comentario breve de sus finalidades genéricas; c) proponer condiciones mínimas para impulsar interdisciplinariamente los estudios latinoamericanos.

## 2. Significado e importancia de la interdisciplinariedad

Independientemente de lo que puede esperarse de cualquier sistema educativo, la interdisciplinariedad se presenta como un requerimiento innovador, dirigido a superar las limitaciones de un saber fragmentado, parcial y alienante; por ello se puede considerar que la propuesta de esta modalidad formativa hace explícito el ánimo de modificar una enseñanza que ha sufrido menoscabo en el torbellino de presiones y exigencias actuales. Su planteamiento surge de la crisis de la enseñanza universitaria contemporánea, agudizada por los excesos de especialización, por la división internacional del trabajo y por la actual distribución del saber, hechos que han dejado de ser positivos aún para los países que se han beneficiado de ellos.





Contrariamente a lo que se piensa, la interdisciplinariedad no es una combinación arbitraria de disciplinas y ciencias. El análisis teórico permite señalar algunas características de su validez y fundamento. Una de ellas consiste en tomar el objeto de estudio como campo de convergencia e intersección de disciplinas distintas, de tal manera que el objeto a estudiar es su factor determinante. A este elemento se le ha denominado “dominio real del saber”. Por otra parte, hay enfoques que ubican su fundamento en las leyes que descubren las ciencias para su propio desarrollo y que, no obstante ser inherentes a una disciplina cierta y determinada, pueden ser utilizadas por otras ciencias. En tal sentido, la interdisciplinariedad, al devenir una actividad de asimilación de las leyes de una ciencia por otra u otras, trabaja con un principio de validación altamente formalizado.

Otros análisis establecen que las aplicaciones y logros de la interdisciplinariedad dependen de los métodos que emplean ciencias y disciplinas afines, de tal modo que son éstos los que le dan validez cognitiva. En otros términos, la interdisciplinariedad es viable por el objeto de estudio que comparten distintas disciplinas, por la comunidad de leyes con que trabajan ciencias afines y por el uso selectivo de métodos que se emplean en el desarrollo de disciplinas científicas.

Con el fundamento o principio de validación que la sustente, en la interdisciplinariedad se produce una interacción real y efectiva de dos o más disciplinas diferentes. Tal interacción puede pasar de la simple comunicación de datos



e ideas hasta la integración mutua de categorías y conceptos fundamentales, métodos de investigación, terminologías, procedimientos de enseñanza y otros aspectos que derivan de la investigación y el desarrollo científico. En tal sentido, la interdisciplinariedad es una práctica integradora de la enseñanza y el aprendizaje, una práctica revolucionaria que contribuye a cambiar viejas rutinas del aprendizaje y de la comunicación educativa.

La interdisciplinariedad, por lo visto, no consiste en el cruzamiento ingenuo y arbitrario de ciencias y disciplinas para obtener conocimientos “híbridos” o indefinidos. Tal reducción mecánica impediría el progreso científico y tecnológico. La intersección o cruzamiento de métodos y leyes científicas en campos comunes o no comunes de conocimiento, implica un proceso de “interacción disciplinaria”, con lo que el cruzamiento de ciencias y disciplinas diferentes da por resultado el surgimiento de ciencias y disciplinas cualitativamente distintas de las que dan lugar a ese proceso.

Por tanto, la interacción disciplinaria produce conocimientos nuevos y métodos cualitativamente diferentes, útiles para estudiar objetos de gran complejidad y para obtener resultados que no pueden lograrse en disciplinas y ciencias aisladas. Los conocimientos “hibridados” se organizan y sistematizan en ciencias y disciplinas propiamente interdisciplinarias, cuyo inventario se amplía en la cultura científica contemporánea, reflejada en las crecientes necesidades de la sociedad actual y en los parámetros del crecimiento exponen-



cial del conocimiento. Citar ejemplos, estaría fuera de lugar; sin embargo, por decir algo, se puede mencionar la biofísica, la bioquímica, la historia socioeconómica, la antropología filosófica, la psicolingüística, la psicopedagogía y, la más sugestiva de todas, la cibernética.

En esta perspectiva, la interdisciplinariedad no es una simple apetencia de erudición, ni una adulteración del principio de economía del pensamiento, ni una “todología”, como se acostumbra designar a un enciclopedismo ramplón en lenguaje coloquial, sino una necesidad surgida de la nueva división del trabajo intelectual, en la que se cumplen complejas operaciones de síntesis del pensamiento. Su ejercicio se traduce en correlacionar actitudes cognoscitivas de orden teórico con prácticas y hábitos de aprendizaje. Los resultados de esta correlación se expresan en el descubrimiento, creación, producción y transmisión de nuevos conocimientos, en la formación de un saber operativo para el desempeño profesional.

Las necesidades del desarrollo social obligan a que disciplinas de distinta índole orienten la solución de problemas que tienen un núcleo común. Esta realidad obliga a que las aplicaciones de la interdisciplinariedad se expresen de dos maneras: por una parte, la formación profesional, apoyada en la adquisición de conocimientos que se transforman “cruzando” críticamente las experiencias del aprendizaje. Es-to quiere decir que, en la formación profesional de carácter interdisciplinario, se trabaja con disciplinas de consistente integración



teórica que cruzan sus campos, sus objetos de estudio, sus métodos y procedimientos, sus lenguajes y finalidades.

Por otra parte, la interdisciplinariedad se expresa también en la práctica, en el trabajo concreto. Un grupo interdisciplinario está compuesto por personas formadas en distintos dominios del saber, provistas de diferentes conceptos, metodologías, datos y lenguajes, personas que usualmente se organizan en un proyecto compartido de investigación. En este caso la interdisciplinariedad se produce recurriendo a lo que se ha dado en llamar “concurso social”, en la perspectiva y con la finalidad de incrementar la socialización de métodos y conocimientos.

Las distintas modalidades y vías de aplicación de la interdisciplinariedad influyen fuertemente en la diversificación y enriquecimiento de la investigación y la enseñanza. Sus logros y posibilidades están en relación estrecha con el descubrimiento y aplicación de nuevos procedimientos que conducen a renovadas formas de conocer y explicar la realidad y el propio conocimiento. En tal sentido, la integración de las humanidades y las ciencias, finalidad principal de la interdisciplinariedad, enseña que investigar y aprender no son procesos dicotómicos, sino dos fases de un mismo proceso.

### 3. América Latina, objeto de conocimiento e integración

La tediosa, aunque breve, digresión que antecede permite centrar la reflexión sobre ciertas preguntas que sur-



gen de los propósitos de comprender y explicar América Latina. ¿Qué características tienen los estudios latinoamericanos? ¿Cuál es el progreso, si lo hay, en este proyecto de conocer lo nuestro? ¿Cuál es la trascendencia formativa y -por qué no decirlo- política de la interdisciplinarietà?

Según el puesto que ocupan en el mundo, ciertos pueblos tratan de conocerse a sí mismos para extender su poder sobre otros, o según el lugar que tienen otros pueblos, estos se empeñan en conocerse para establecer proyectos colectivos, proyectos históricos que afirmen su identidad. Para estos últimos, el proceso de autognosis se forma a lo largo de distintas etapas de su desarrollo y en el contraste de sus zozobras y esperanzas. En tal sentido, y desde mi particular punto de vista, el autoconocimiento de los pueblos latinoamericanos es el resultado de un prolongado proceso de aprendizaje, en el cual la memoria histórica ha inscrito con caracteres nítidos sus experiencias más significativas.

Si se toma en cuenta las maneras y circunstancias en que ha sido abordada nuestra realidad, los estudios latinoamericanos tienen rasgos muy propios. Aquí cabe una aclaración. No hablo de los orígenes del conocimiento de América Latina. Esta cuestión obligaría a remontar el río del tiempo a los comienzos de la Colonia, momento en que los cronistas, desde las reconditeces de su asombro, proporcionaron una información azorada del mundo que estaban descubriendo, colonizando y evangelizando. Tampoco hablo de los viajeros, unos ilustres como Humboldt o D'Orbigny, o de los cónsules



ingleses que conocieron América excolonial en su versión utilitaria. Tampoco me refiero a los actuales informes de organismos internacionales, que representan estudios sistemáticos de terapia, cuando no cirugía, económica, social, política, cultural y demográfica de nuestra América. Los quehaceres y productos referidos constituyen también estructuras bien conformadas de estudios latinoamericanos. Pero no hablo de ellos. Me refiero a lo que hoy, en el ámbito de las universidades, se denominan “estudios latinoamericanos”.

Estos estudios, inicialmente, se desplazaron en una perspectiva emocional, unas veces magnificando la naturaleza, los recursos y las gentes; otras, exaltando una mística en la cual se forjó una imagen portentosa del continente. De un modo u otro, roturando un campo subjetivo pero fecundo, los estudiosos latinoamericanos de fines del siglo pasado y comienzos del actual, han despertado interés en propios y extraños con la descripción y explicación de procesos y fenómenos que, por su especificidad, configuran nuestra unidad y también nuestras diferencias nacionales y regionales.

Con la difusión del positivismo y las tendencias liberales del siglo pasado y principios del actual, los estudios latinoamericanos se hicieron más amplios y más variados en sus observaciones, inicialmente aisladas y particulares. El conocimiento de esa época, coincidente con la penetración imperialista y en función de ciertos intereses dominantes, estabilizó una imagen distorsionada de América Latina, pero conveniente a las intenciones extranjeras. Con sus aportes,



en muchos casos producto de la improvisación y la espontaneidad, incursionaron en diversos aspectos de la realidad geográfica, en variedades “sui generis” del comportamiento nacional o regional, en el indigenismo, la historia política, la antropología, el costumbrismo y la sicología social.

El enriquecimiento de las ciencias sociales, en los últimos treinta años, ha facilitado el conocimiento de América Latina. La historia, preferentemente política del siglo pasado, dio paso a la historia económica y social; la interpretación global y diferenciada del subcontinente tuvo nuevos enfoques con el estudio de la dependencia, el subdesarrollo y el atraso. Los estudios de nivel nacional y regional de la cultura, en sus formas de expresión artística y literaria, han encontrado nuevas formas de vinculación con ciencias y metodologías, cuyo desarrollo es significativo en la percepción e interpretación de la realidad latinoamericana. Tal es, brevemente, el sentido evolutivo de nuestro autoconocimiento.

En la actualidad y sin eufemismos, puede afirmarse que los estudios latinoamericanos sufren un proceso de mutación. Están en la fase de adquirir cada día perfiles de mayor objetividad, precisión y calidad científica. Este esfuerzo altamente significativo constituye tanto un logro como un nuevo punto de partida. El empleo de ciencias y metodologías de alto valor social conduce a que los latinoamericanos tratemos nuestra sociedad, nuestra historia, nuestras posibilidades, no sólo como objetos de conocimiento humanístico o científico, sino también y sobre todo como realidades que



debemos transformar. Este hecho ya implica un conocimiento cualitativamente distinto y que sera significativo para perseverar en proyectos históricos de distinta dimensión. Si se perciben logros obtenidos con esfuerzo propio, también persisten otros aspectos de distinto signo. De manera indicativa pueden citarse algunos: la forma unilateral y aislada con que todavía estudiamos nuestros problemas; la falta de comunicación para establecer la complementariedad y colaboración en el trabajo científico y académico; la carencia de recursos humanos para ampliar y profundizar el conocimiento. Sin embargo, los aspectos anotados no son obstáculos insuperables. Una clara definición de metas y objetivos, asociada al empleo eficiente de medios adecuados para la investigación y enseñanza interdisciplinaria, contri-buira tanto a atenuar el aislamiento de instituciones y personas, cuanto a coordinar y difundir investigaciones y aportes hasta ahora poco menos que ignorados.

#### 4. Los objetivos y la libertad de aprender

Los acuerdos institucionales y de organismos internacionales que recomiendan la enseñanza interdisciplinaria de los estudios latinoamericanos han señalado dos fines: desarrollar el conocimiento científico de la sociedad y la cultura y contribuir a la integración latinoamericana. No obstante su claridad, estos fines deberan precisar sus objetivos. Los fines y objetivos educacionales no son sinónimos; entre ellos media la diferencia que existe entre lo abstracto y lo concreto. En





tanto que los fines son ideales a los que se aspira, los objetivos son formas concretas de su realización.

Las técnicas más diversas de elaboración o diseño de objetivos son procedimientos racionalizados en función de intereses predominantes de la sociedad en que se desenvuelve el proceso educativo. Esto, debido a que la educación es la región más sensible de la superestructura social; por ello sus instituciones son utilizadas como “aparatos reproductores de ideología”, tanto en sociedades de estructura clasista, como en otras que no tienen esa característica.

Para precisar objetivos que no se alejen de los fines perseguidos en la enseñanza interdisciplinaria, será necesario partir de la situación real de América Latina, determinada por sus condiciones actuales de dependencia. Si se toma en cuenta esta situación, los objetivos se fundarán en una base real, necesaria, para definir con objetividad y eficacia los planes de estudio, las áreas de cruzamiento e integración de distintas disciplinas, el diseño de nuevos campos interdisciplinarios para la investigación y la docencia, la aplicación de metodologías específicas que permitan organizar conocimientos útiles, pertinentes y bien fundados.

Estos aspectos son formativos; su importancia está fuera de discusión y pueden considerarse como esenciales en una enseñanza de tipo interdisciplinario. En tal sentido, mejorar el conocimiento de la realidad latinoamericana y de la interacción de sus procesos y fenómenos, exigirá la aplicación



de modelos distintos en los centros que se dedican a impartirlo. Por consecuencia, el carácter formativo de la enseñanza interdisciplinaria obligará a evaluar la capacidad innovadora de las universidades y centros de educación superior, como punto de partida para innovar su estructura y funcionamiento.

Este señalamiento implica otro. La interacción disciplinaria y el cruzamiento interdisciplinario de ciencias y metodologías contribuirán a mejorar el ejercicio de la libertad de cátedra, hoy día entendido sólo como la libertad de enseñar, lo cual, en los hechos, no implica necesariamente la libertad de aprender. Los estudiantes, al participar en el descubrimiento y producción de conocimientos nuevos, estarán más allá de la improvisación y la rutina, hasta ahora inevitables en un ejercicio mal entendido de la docencia universitaria. Ellos aprenderán no sólo aquello que se les transmita, sino lo que vital y socialmente les interese. La libertad de aprender, complemento necesario de la libertad de cátedra y derecho bien defendido por los movimientos universitarios, permitirá cuestionar el autoritarismo docente y el poder social del conocimiento. Mencionar estos hechos, equivale a mostrar que la enseñanza interdisciplinaria, al proponerse objetivos pedagógicos o formativos, tiene, a su vez, una virtualidad política no analizada en este trabajo.

5. Condiciones mínimas para la interdisciplinariedad de los estudios latinoamericanos



La institucionalización de la enseñanza interdisciplinaria requiere de varias condiciones, independientemente de los medios normales que requiere todo proyecto educativo. La primera está determinada por la naturaleza de sus fines y objetivos. Esta condición es la de su planeación, aspecto relacionado con los recursos físicos, económicos y humanos, principalmente estos últimos que, por su función, deben ser formados con perfiles de excelencia y calidad.

Los recursos físicos y económicos dependen de la disponibilidad de las instituciones que, no obstante su régimen autónomo, están reguladas por el Estado en su financiamiento. La disponibilidad de recursos materiales tiene relación con la política global imperante y con el régimen constitucional y legal que ampara a la educación. Su negación, en un caso dado, o su asignación normal, determina la estabilidad y permanencia de las funciones básicas que cumplen las instituciones educativas, de las cuales la enseñanza interdisciplinaria será sólo un aspecto.

La disponibilidad de recursos humanos calificados (léase docentes e investigadores) es otra condición para promover la enseñanza interdisciplinaria. Su participación esencial para establecerla; con su concurso y trabajo creativo se forman investigadores, profesores y estudiantes en la cantidad y calidad necesarias para realizar proyectos de investigación, crear áreas interdisciplinarias allí donde el desarrollo institucional lo permita y llevar a la práctica modalidades de educación permanente y abierta. Esta condición ampliaría la



proyección social de la enseñanza en el área de estudios latinoamericanos.

La planeación académica de la interdisciplinariedad implica desarrollar la innovación educativa en niveles cada vez más creativos para generar nuevos hábitos de estudio, nuevas actitudes para la investigación y la docencia, nuevas posibilidades de comunicación en la enseñanza. Aunque la innovación educativa no tiene recetas, ni debería tenerla especialmente en materia de difusión de los estudios latinoamericanos, su virtualidad “utopizadora” será siempre fecunda, en la medida en que participen activamente autoridades, profesores, investigadores y estudiantes.

En el mejoramiento cualitativo de la educación universitaria, la enseñanza interdisciplinaria contribuirá a superar muchos tabúes y rutinas, muchos prejuicios que, en gran parte de las universidades latinoamericanas han obstaculizado el desarrollo de carreras nuevas como la de estudios latinoamericanos. Quizás ésta sea una razón importante para subrayar, como condición, la capacidad institucional de promover y llevar a cabo los cambios que requieren los proyectos interdisciplinarios a fin de que la formación de latinoamericanistas tenga necesariamente calidad y pertinencia.

## ALEGATO EN PRO DE LOS ESTUDIOS LATINOAMERICANOS <sup>4</sup>

A principios del año 1953, el influyente diario de París, *Le Monde*, publicó sucesivas notas del escritor Tibor Mende bajo el título de “América Latina entra en escena”. La segunda postguerra mundial había reabierto espacios económicos y estratégicos poco estudiados y también realidades que, por su importancia política y cultural, despertaban intereses de distinta índole. El escritor que menciono, alertaba a los países avanzados indicando que en el nuevo orden internacional debía considerarse con seriedad la proyección actual y futura de América Latina. Asimismo, para subrayar la importancia de esta región, recurría a valiosas e inevitables síntesis categoriales: la dependencia, el subdesarrollo, el atraso, la marginación, categorías que en esos tiempos sonaban como denuncias en la descripción del “tercer mundo”, concepto troquelado cuidadosamente por sociólogos franceses de entonces y que incluye a nuestro subcontinente.

El título de aquellas notas, además de motivar este preámbulo, sugiere interpretaciones diversas. Por una parte, la dimensión de una geografía del atraso que avivaba sus fronteras en el pensamiento de los “estrategas del progreso”. Para ellos, América Latina era un depósito de materias primas, un proveedor de fuerza barata de trabajo y un espacio de inversión financiera; por otra parte, para los que todavía quieren y querían “civilizar” el planeta mediante la violencia,



este mundo, poseedor de paisajes impresionantes y habitado por gente de sugestivo temperamento, era, sobre todo, una región de importancia estratégica. En el pensamiento de unos y otros, América Latina representaba un campo propicio para ampliar un mercado de objetos y valores que refuerzan los sistemas de dominación. Mas, tales criterios no eran nuevos. Nuestra América, como muestra su pasado, ya era y sigue siendo, hasta ahora, un activo laboratorio de experimentación de modelos modernizantes presididos de ideologías de diverso signo.

Aunque esos criterios reflejan enfoques de eficacia interesada para aproximarse al conocimiento de una realidad, lo que se olvida y soslaya en esos enfoques es que nuestros pueblos, en esta hora promisor de liberación, ya no se resignan a obedecer voces de mando que obliguen a alterar su proceso histórico. Esto quiere decir que América Latina ha empezado a percibir que ya no es ni deberá ser un mundo disponible para intereses ajenos, por mucho que éstos todavía mantengan en el área el vigor de su influencia y el rigor de su hegemonía. La experiencia histórica enseña que el sometimiento de las naciones, en cualquier región del mundo, ha implicado e implica la sustitución de necesidades y aspiraciones genuinas que terminan rebasando todo esquema impuesto desde afuera como sistema de dominación.

Nuestros pueblos, con sus “venas abiertas”, como señala Eduardo Galeano, hace siglos que están en el juego escénico, mostrando al mundo occidental, hoy día “primer



mundo”, que no hubo ni hay ficción dramática en ese juego, sino drama verdadero que se padece y no se juega. El colonialismo de ayer y la dependencia de hoy hablan de esa historia. Sin embargo, Tibor Mende tenía razón: América Latina, al acrecentar su protagonismo en la trágica escena universal, reingresaba en ella no sólo con su geografía del hambre, con su inestabilidad política o con el snobismo de sus élites insensibles y satisfechas, sino con poderosos movimientos sociales y políticos, con significativos esfuerzos de liberación y con notables aportaciones en los terrenos del pensamiento, la literatura y el arte.

## I

Desde esa década del medio siglo, se ha plasmado un tiempo que no tenemos necesidad de buscarlo porque no es tiempo perdido. América Latina entró en escena atendida a las posibilidades de su propia dinámica. Transformaciones significativas (desplazamiento de oligarquías tradicionales, procesos de industrialización), proyectos reformistas frustrados (Guatemala, Bolivia), modelos distróficos de desarrollo social (populismos de distintos tipos, orígenes y alcances), revoluciones consolidadas o en marcha (Cuba, Nicaragua), tragedias populares y nacionales donde se eclipsan el hombre y su libertad (fascismo dependiente de Chile y gobiernos autoritarios de otros países), “milagros” transnacionales (Brasil, Paraguay), se despliegan en una escenografía que no ha cambiado mucho. Todo eso está al alcance de nuestra memoria, alojado en las inmensas vasijas de la historia, esperando el análisis, la interpretación y asimilación de experiencias nue-



vas que contribuyen a profundizar y amplificar la comprensión y el conocimiento de nuestra América.

Sin embargo, en lo que hemos vivido no todo es política, economía, proyecto y frustración, ni únicamente violencia de la derecha o de la izquierda, como tampoco es sólo materia cuantificable del subdesarrollo, reducida a un enjambre de cifras, indicadores y modelos. Los latinoamericanos amamos la vida que no tiene cifras computables y rechazamos a la muerte que, por ser tal, carece de modelos y milagros. En esta afirmación universal de lo humano creamos ideas, valores y representaciones que se integran en cosmovisiones no excluyentes. Un chileno, un argentino o un brasileño, aunque las raíces modernas y adventicias de sus sociedades sean distintas, tienen una concepción del mundo que no revela diferencias profundas ni contradicciones irreconciliables con las de un mexicano, boliviano o peruano. Esto quiere decir que los hijos de cualquier país de nuestra América, sienten sus cielos, sus mares y su suelo como Anteo sentía a la tierra, la sienten como eterna fuente de la que brotan fuerzas renovadoras y permanentes.

El sentido de nuestra vida no radica sólo en el vínculo que nos ata firmemente al inmenso legado de la naturaleza. A esta fuerza que no dejará de ser nuestra, se agregan otras que hemos creado. Los veinte millones de americanos meridionales de ayer y de quienes hablaba el Libertador Bolívar, junto a otros millones de centroamericanos y antillanos, han forjado una visión de la sociedad, integrada actualmente por





más de 400 millones de latinoamericanos distribuidos en el subcontinente y en las islas del Caribe. El atraso y la dependencia son situaciones definidas, mas no definitivas, que se evalúan con medios distintos y concretos. Somos conscientes del lastre que trae el capitalismo tardío y de las vicisitudes que hemos padecido con su presencia. Disponemos de una concepción transformadora de la sociedad; buscamos el cambio y asumimos el compromiso de borrar estigmas que compartimos con otros países del tercer mundo. Participamos en esfuerzos colectivos que conducirán a liquidar la opresión social, la explotación económica y la postergación científica y tecnológica, en el marco de una plena integración política, económica y cultural del subcontinente.

De nuestra visión del mundo y de la concepción de nuestra sociedad han surgido vigorosas manifestaciones del pensamiento, la literatura y el arte. Latinoamérica ha dejado de ser identificable sólo como un paisaje o como un emporio de recursos naturales y de masas humanas explotables. Nuestros escritores y artistas han roto las barreras eurocéntricas de la cultura y puede afirmarse que, con sus aportaciones, han cambiado enfoques y perspectivas de la cultura y de la historia universal del hombre.

En la óptica extranjera predomina la imagen global de América Latina. Los hábitos mentales generalizan los conceptos de quienes nos observan y tienden a que se nos cuente como una unidad, como un todo indiferenciado. En esto nada hay que nos perjudique, porque percibimos con claridad



nuestro destino como unidad, no obstante nuestras diferencias regionales y nacionales. No tenemos una geografía uniforme ni somos una sociedad homogénea. Nuestros componentes étnicos son distintos y nuestras culturas nacionales tienen identidad propia. Estas diferencias van tomando perfiles más precisos, aunque compartimos situaciones comunes.

Sin rechazar generalizaciones y conceptos globales, que pueden considerarse como anticipaciones de la experiencia o premoniciones de profundos proyectos históricos, esos conceptos se enriquecen con las especificidades de procesos que trascienden fronteras nacionales y de acontecimientos que reflejan actitudes colectivas. Nuestra economía, nuestra política y nuestra presencia cultural condicionan relaciones no tradicionales con el resto del mundo. Somos una región inconforme que, en su dependencia y atraso, exige la instauración de un nuevo orden internacional para que los deberes y derechos de nuestros pueblos sean plenos en equidad, respeto y libertad.

## II

Sí, cierta y definitivamente América Latina ha reingresado a la escena contemporánea; lo ha hecho en una época de aberrantes amenazas y de extraordinarias perspectivas. No es osado afirmar que la coyuntura actual ha sido necesaria para tomar consciencia de lo que representa nuestra América. De la claridad con que se percibe su personalidad y dimensión histórica, de esa claridad dependen los propósitos y posibilidades de su estudio.



Porque esa claridad es mayor, hoy día se asiste a una extraordinaria difusión del conocimiento de América Latina. Se la estudia en diversos países de los cinco continentes. Los centros donde se investigan las expresiones de nuestro ser histórico-social, las alternativas de su desarrollo y las perspectivas de su cultura, han instaurado cursos, carreras y especializaciones que obedecen a finalidades específicas. A pesar de la diversidad de propósitos, las múltiples disciplinas del saber dedican atención y esfuerzo al logro de un conocimiento amplio y profundo de nuestra realidad, que hasta hace poco, era apenas motivo de curiosidad informativa, o tema de con-versaciones triviales.

¿Cuál es la razón para que las universidades y otros organismos de alta educación, con la designación de “estudios latinoamericanos”, hayan institucionalizado el conocimiento de nuestra América? No olvidemos que la enseñanza superior es el tercer nivel de la educación escolarizada. Su contenido tiene alcances universales, articulados en el desarrollo, en lo posible armónico, de la investigación y la enseñanza científica, tecnológica y humanística, lo cual le otorga un carácter paradigmático. Sus funciones básicas (investigación, docencia y servicios de extensión y difusión cultural) no tienen otros límites que los que imponen la ignorancia y el autoritarismo. Sus objetivos, como fines concretos, se expresan en el desarrollo de las ciencias y humanidades y en la formación de recursos humanos aptos e idóneos. Desde este punto de vista, la educación superior, en cualquier sistema económico-social, no tiene ni tendrá diferencias substanciales



sino de grado y de forma, condicionadas por los niveles de desarrollo social y por los requerimientos de la época. En ese funcionamiento paradigmático de la educación superior se insertan los estudios latinoamericanos. Tienen nivel científico y naturaleza humanística, como se verá en lo que sigue, y despiertan interés creciente en las generaciones actuales que buscan el ensanchamiento de su universo formativo.

Las funciones básicas de la educación superior carecerían de substancia formativa si no se orientaran hacia la crítica de la sociedad, la creación y transmisión de conocimientos y la defensa de la cultura. Con el papel crítico que cumple, la enseñanza universitaria hace lúcidas las carencias de la sociedad y contribuye a modificar las condiciones de la existencia humana. América Latina, desde esta perspectiva y como objeto de conocimiento crítico, es un rico muestrario de las grandes contradicciones y alternativas de la sociedad actual.

De dicho conocimiento podrán surgir soluciones para que el futuro no sea sólo prolongación del presente. Ganaría poco la sociedad actual si la educación superior siguiera conservando los objetivos, contenidos y métodos del pasado. La crítica de obsoletas concepciones académicas abre el paso a nuevas posibilidades. En la medida en que es rescatable la información acerca de sociedades y culturas pretéritas, en esa medida se hace imperioso ampliar los conocimientos del pasado como tierra que nutre las raíces del hombre contemporáneo. Si en los planes y programas de estudio se contempla



la enseñanza de países remotos en el tiempo y el espacio para saber de su historia y de su significado en el mundo, para los hombres de esos países, América Latina tiene también una realidad y un sentido, una actualidad que cada día adquiere mayor significación.

Gran parte de las universidades y otras instituciones educativas reconocen esta actualidad. Por ello puede afirmarse que, con el rubro de “estudios latinoamericanos”, se han instaurado diversas ciencias histórico-sociales y disciplinas de carácter humanístico, cuyo objeto de conocimiento o dominio epistemológico es América Latina. Estas áreas del saber han encontrado amplios cauces en las corrientes actuales de la investigación, la docencia y la difusión de la cultura.

En centenares de centros e institutos se imparte enseñanza, o se hace investigación, sobre la historia y el desarrollo económico-social, sobre las culturas, el arte y la literatura de América Latina. Por consecuencia, la nomenclatura de las profesiones se ha enriquecido con la categoría profesional de “latinoamericanista”, designación imperfecta, destinada al estudioso o graduado, docente o investigador, que dedica sus esfuerzos y dirige sus luces a conocer y comprender en mejor forma el mundo, la vida y el pensamiento de los latinoamericanos. Esta nueva profesionalización, no obstante su significado explícito, necesita de un análisis para apreciar las implicaciones que tiene la conversión de nuestra América en objeto de conocimiento, en objeto de comprensión y fuente de reflexión.



### III

En una lúcida ponencia presentada por el Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, en ocasión del Primer Encuentro Nacional sobre Balance y Perspectivas de los Estudios Latinoamericanos, realizado en esta ciudad entre el 25 y 29 de junio pasado, se hizo referencia a más de 121 institutos de la República Federal Alemana dedicados a estos estudios; a unas 70 instituciones francesas; a más de 12,000 trabajos soviéticos de carácter científico sobre nuestra América; a decenas de centros de docencia e investigación distribuidos en países europeos, asiáticos y africanos; a más de 40 universidades estadounidenses que ofrecen licenciaturas, especializaciones, maestrías y doctorados en estudios latinoamericanos, además de otros 43 centros de investigación que desarrollan proyectos insospechados sobre América Latina.

Esta enumeración de instituciones y actividades, como los mismos ponentes indicaron a tiempo de presentar su trabajo, nos da una idea suficientemente clara de la importancia que han adquirido los estudios latinoamericanos fuera de nuestros países, donde, con excepción de México, cuya experiencia académica en este campo es la más avanzada de América Latina, empezamos a darnos cuenta de la necesidad de conocer, entender y explicar lo que es y tiene nuestro mundo.

En los últimos años han surgido esfuerzos compartidos por países distintos, esfuerzos multinacionales orientados a crear y desarrollar centros de alta calidad académica, en



los cuales el estudio, reflexión y conocimiento de la compleja realidad latinoamericana tienen carácter prioritario. FLACSO, CIDE, entre otros, son ejemplos citables en este contexto, así como un apreciable número de organismos, como la CEPAL o el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, que pertenecen a distintas organizaciones internacionales. A este esfuerzo multilateral y abigarrado de centros, institutos y organismos, se agrega la acción innovadora que han emprendido diversas universidades e instituciones latinoamericanas de educación superior. No sin cierta sorpresa, debe subrayarse que la labor de nuestros países apenas se deja sentir en la correlación aritmética de las proporciones, lo cual significa un rezago manifiesto en la instauración académica de los estudios latinoamericanos.

Sin embargo, a pesar de su poca densidad numérica, los centros e institutos de América Latina, en la escala y medida de sus posibilidades, trabajan con empeño en el conocimiento de nuestros problemas y de nuestras perspectivas. Tal es el caso de la UNAM que tiene el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y el Colegio de Estudios Latinoamericanos en la Facultad de Filosofía y Letras, unidades académicas a las que se agregan las de otras instituciones con sede dentro y fuera del país. Los hechos anotados proporcionan bases suficientes para reflexionar sobre la importancia y finalidad de estos estudios.

Los propósitos del conocimiento no pueden desligarse de las condiciones históricas en que éste se produce.



Es evidente, a todas luces, que para los países de desarrollo avanzado, conocer la realidad latinoamericana tiene finalidades distintas de las nuestras, particularmente en esta hora álgida de la guerra fría. Sus intereses y objetivos económicos y culturales, políticos o estratégicos, difieren grandemente de nuestras aspiraciones y esperanzas. Sus proyecciones militares, diplomáticas, geopolíticas y comerciales tienen finalidades indiscernibles de dominación. Además de ser ésta una evidencia presentida, los hechos muestran que tales potencias emplean sus recursos científicos y humanos en tareas relacionadas con sus proyecciones e intereses ya referidos.

Esto no debe llamar la atención, ya que es un resultado de la estructura hegemónica del orden mundial y una consecuencia de los usos del conocimiento geográfico, la antropología, la economía, la política de la región. En la coyuntura actual, tendrán que producirse muchos cambios en la base material de la sociedad global y en los sistemas políticos, en el desarrollo de las fuerzas sociales y en la afirmación de nuestra cultura para que se modifiquen finalidades y propósitos poco halagadores. Estos cambios no vendrán de las metrópolis; esperar que así suceda, sería delegar en manos ajenas la capacidad de dirigir nuestro destino.

#### IV

El desarrollo y la calidad del conocimiento de América Latina, orientado hacia la crítica de nuestras sociedades, de nuestras estructuras económicas y políticas y de las relaciones de los países latinoamericanos con otros países y bloques de





países, contribuirá, indudablemente, a la modificación de las condiciones imperantes. Para los latinoamericanos, al igual que para otros, el conocimiento científico y tecnológico, por su naturaleza, trasciende los límites puramente gnoseológicos para devenir instrumento y práctica de transformación. Por ello, conocer más lo nuestro, y en profundidad, conduce a la tarea de crear condiciones adecuadas para el cambio y, también, conlleva la responsabilidad de prepararnos para afrontar sus resultados.

Si, como en el pasado y por sus múltiples determinaciones, la convivencia internacional condiciona el conocimiento global o regional, nacional o local de nuestros países, esas determinaciones obligan a realizar el propósito de conocer lo nuestro en escalas de mayor profundidad y extensión. En el terreno del sincretismo, nuestra América ha rebasado los límites de la mera representación o imagen. Las ciencias sociales tienen mucho que decir, en particular aquellas que contribuyen a desmontar y explicar abigarrados fenómenos de la economía, el cambio social y las estructuras del poder político.

Desde hace cuarenta años se denuncian con fuerza el atraso, la dependencia y el subdesarrollo que nos agobian. Su discurso, en cuatro décadas, apenas ha cambiado sin que se hubiera modificado el estado de cosas. Esto quiere decir que aún no sabemos lo suficiente de nuestras realidades, que todavía no hemos tocado fondo en el dominio de nuestros problemas para solucionarlos eficazmente. El curso continuo



de nuestra historia se prolonga desde épocas inmemoriales y la sucesión de distintas hegemonías nos da una perspectiva poco feliz. Es necesario tomar conciencia de este proceso continuo de dominaciones alternas para saber a qué atenernos en la coyuntura actual, caracterizada por la guerra fría o duro enfrentamiento ideológico, político, económico y de amenaza nuclear entre dos superpotencias. Tal es la perspectiva en que se ubican nuestra América y los estudios latinoamericanos.

## V

América Latina no es sólo una rica y dilatada porción geográfica del planeta o una realidad compleja de historia, sociedad y cultura, sino también un destino común al que estamos adscritos más de 400 millones de hombres. En los matices de una visión burda y conservadora, se nos considera como prolongación de la cultura occidental, como una parte del mundo habitada por gentes que tienen en su sangre, en su lengua, en sus ideas, innumerables elementos y valores de la tradición europea. Así nos ven y perciben, o así se autocontemplan algunos latinoamericanos. Nos sienten, o se sienten, identificados con viejas potencias coloniales o con nuevas metrópolis.

Tal manera de observarnos y observarse con una óptica parcializada se diluye en el entramado inacabable de nuestras diferencias. Aunque en nuestra sangre se mezclan ingredientes indígenas, africanos y europeos, somos algo distinto de esa sumatoria. Pese a que en otras latitudes nacieron lenguas con las cuales nos entendemos y comunicamos, nues-



tros idiomas son sistemas de cohesión regional y con ellos expresamos realidades propias, sentimientos inconfundibles o ideas formadas en nuestro género de vida. Aunque las ideas y conceptos tienen dimensión universal, nuestras representaciones del mundo y de la vida, y los valores que orientan nuestra existencia, tienen un sentido diferente al que puede dárseles en otros mundos y horizontes.

La realidad cultural de América Latina tiene consistencia y especificidad. Su vitalidad es causa y efecto de nuestra adscripción colectiva. Si desde el punto de vista nacional o político “somos” de un país u otro, este “ser” de aquí o de allá determina nuestro perfil de latinoamericanos. En Centroamérica, en las islas de Caribe o en Sudamérica, nos expresamos con artes propias y con literatura genuina, realizamos movimientos políticos y sociales que se forjan en la cotidianeidad de nuestra vida. Nuestras ideologías y creencias tienen mayor similitud que la que podría haber entre galeses y escoceses en Gran Bretaña, o entre italianos y suecos en Europa. Y es que en ello se revela una consistencia anímica sustentada en el pasado y en los propósitos del presente. Nuestra manera de ser se manifiesta en valores y representaciones, en ideales y proyectos gestados y formados en la relación hombre-naturaleza y en largos siglos de dominación y atraso y, también, en efímeros momentos de unidad y esperanza. Convertir en objeto de reflexión teórica nuestra realidad, convertirla en disciplina intelectual y académica, en objeto de investigación y docencia, conduce a reconocer la importancia que tienen las ciencias sociales y las disciplinas humanísticas para preser-



var y enriquecer la identidad de nuestra cultura, substancia irreductible que no sólo funda nuestro ser histórico sino que fecunda nuestro quehacer cotidiano.

América Latina se hace más auténtica en la revelación de sus ideas, valores y formas de vida. La síntesis de una concepción propia de la sociedad y de una cosmovisión compartida por nuestros pueblos, constituye el fundamento dinámico de nuestras culturas nacionales. Por ello somos unidad y también pluralidad. Comprender esta situación y preservar nuestra identidad son actitudes colectivas. Al asumirlas, también se asume la responsabilidad de cambiar el carácter de nuestras relaciones con las metrópolis, en lo que dichas relaciones tienen de ominoso y estigmático.

Vivimos una época de riesgos y amenazas que, por su carácter excepcional, parecen verdaderas aberraciones de la historia; al mismo tiempo, somos beneficiarios de asombrosos logros científicos y tecnológicos. En tales circunstancias, abrimos nuestro espacio en la historia mundial y bregamos por la autodeterminación de nuestros pueblos. Somos testigos, actores o víctimas de las luchas del siglo veinte. Con esta vivencia nos damos perfecta cuenta de lo que significan las potencias hegemónicas que, como nunca, ahora muestran tanto interés en imponer a nuestros pueblos modelos de una modernización rasante. En función de ese interés, hay un acopio extraordinario de información, de datos y técnicas con que se estudia e interviene en la marcha de nuestras sociedades.



Tanto el conocimiento de las disponibilidades materiales de nuestros países como la información acumulada de nuestra vida cotidiana, les son útiles para asegurar y prolongar su dominación. Más éste no es un hecho casual y episódico, sino un proceso de avasallamiento cultural que, con nombres distintos, caracteriza a la globalización imperialista, socavadora de múltiples valores en los que se sustenta la identidad nacional. Esa resistencia es historia nuestra que deviene realidad conciente, consistencia vital y dinámica de nuestro ser. Por ello, ser latinoamericanos implica estar adscritos a esa dinámica irreductible para no renegar de su legitimidad histórica.

## VI

Hacer explícito lo que está implícito en nuestro género de vida, hacer lúcido lo que todavía parece opaco, es tarea que se han planteado las universidades al convertir América Latina en objeto de conocimiento científico y humanístico. Esta es una empresa de largo aliento, en la cual prevalecerán por el momento múltiples aspectos formales. Por ello, la creación de áreas dedicadas al conocimiento de América Latina, o el desarrollo de las que ya fueron creadas, son aspectos que pertenecen a la planeación académica. Los resultados dependerán de la visión que tienen las instituciones educativas para insertarse en el curso universal de la cultura contemporánea.

Nuestras raíces y los estigmas que dejan la dependencia y el subdesarrollo están en nuestra historia de milenarias formaciones sociales, afectadas por múltiples fragmen-



taciones y aculturaciones modernas. Exhumar esas raíces es tarea del conocimiento científico. En tal sentido, las ciencias sociales, no obstante sus naturales carencias, han logrado innegables progresos. La economía, la sociología, la ciencia política, la antropología, para citar algunas de ellas, han vuelto la mirada a lo nuestro. Esto quiere decir que se dispone de un espacio teórico suficiente para comprender y explicar nuestros orígenes y lo que podemos llegar a ser, sin cristalizar el pensamiento utópico y sin manipular argumentos catastrofistas.

En la incorporación de los estudios latinoamericanos a la enseñanza superior, la experiencia ha probado distintos modelos. Uno de ellos consiste en desarrollar, “lo” latinoamericano, en el marco de tradicionales planes de estudio. Estos criterios se sustentan en la complementariedad y actualización del estudio de la historia general, de la teoría económica o de la literatura universal. Así, se insertan temas y contenidos que son propios de la historia, la economía, o la literatura de América Latina. Otra modalidad consiste en la instrumentación de planes de estudio de carreras tradicionales (p. ej. sociología, letras o geografía), incluyendo temas específicamente latinoamericanos. A las modalidades ya descritas se agrega otra: la creación de áreas de materias dedicadas al estudio de América Latina. Esta modalidad ofrece significativas ventajas, ya que, desde el punto de vista de la innovación, permite prever cambios en una formación profesional débilmente orientada hacia el conocimiento de América Latina. Las modalidades antedichas son rutinarias



y tienden, en lo principal, a la actualización de carreras tradicionales que corren el riesgo de caer en la obsolescencia.

Los estudios latinoamericanos adquieren otras dimensiones si se los instituye con miras a su profesionalización. En esta perspectiva también se cuenta con diversas modalidades. Una de ellas consiste en establecer carreras universitarias para formar especialistas en historia, literatura o geografía de América Latina. En este caso, la formación es disciplinaria y fragmentada. Otra modalidad, y quizás la más generalizada, consiste en instituir programas de posgrado relativos a la realidad latinoamericana. Las dos modalidades son vías normales de relativa trascendencia en la institucionalización de los estudios latinoamericanos.

A esta labor de las universidades e institutos de la región, se agregan las que se emprenden en países de desarrollo avanzando. En sus instituciones aparecen tanto las modalidades tradicionales ya descritas, como otras orientadas a la profesionalización y al posgrado, con la diferencia de que estas últimas tienden a una especialización más rigurosa. Una de sus variantes consiste en estudiar un país, una región o la globalidad latinoamericana, en función de proyectos específicos relacionados con la economía, con problemas de infraestructura y de la producción, con procesos políticos y conflictos sociales. Este tipo de estudios especializados se funda en los intereses y proyecciones que tienen los países desarrollados y que fueron materia de comentario en otra parte de esta conferencia.



En la instauración de los estudios latinoamericanos, es notoria la experimentación de múltiples modalidades académicas. Este hecho puede ser interpretado desde dos puntos de vista: uno, que el conocimiento académico de América Latina es una nueva exigencia de la época y que, por tanto, carece de una tradición académica; dos, que si asistimos a una significativa expansión de este tipo de estudios, queda todavía un largo camino para llegar a metas relacionadas con los fines y objetivos de una genuina formación latinoamericanista.

## VII

Aceptar que el conocimiento de la región y la preservación de la cultura latinoamericana son prácticas correlacionadas, implica aceptar que este binomio tiene un carácter notoriamente formativo para la docencia y la investigación. Por ello, la cuestión metodológica de los estudios latinoamericanos radica en su enfoque. Y ésta es una cuestión que toca el fondo mismo de la interdisciplinariedad.

Para ciertas corrientes de opinión este enfoque deberá ser predominantemente científico, apoyado en el desarrollo de las ciencias sociales y de sus correspondientes metodologías. Para otras, deberá ser humanístico, fundado en una integración de la historia, la filosofía, la literatura y el arte. Los dos enfoques siguen caminos distintos y deslindan sus campos para no hacerse excluyentes.





La interacción de la enseñanza científica con la formación humanística tiene su punto de partida en proyectos académicos viables y es fundamental en el análisis crítico de los planes de estudios; ni las ciencias sociales con su objetividad especializada, ni las disciplinas humanísticas en su fecunda expresión, agotan por sí mismas los frutos del árbol del conocimiento. Son frutos que maduran en todos los dominios del saber, inclusive en aquellas disciplinas que, por su aridez y rudeza, parecen alejarse de la vida. Todo saber se humaniza en el momento en que se impregna de valores en que se sostienen la verdad objetiva y el ejercicio de la libertad.

Como un tema conexo con lo anterior, surge el tópico de los vínculos propios de las ciencias sociales y de las humanidades. Las conexiones mutuas o internas de las primeras están condicionadas tanto por el objeto de conocimiento, como por sus métodos y leyes. Ninguna de las ciencias sociales que se precie de objetiva puede dar la espalda a otra u otras que la complementan y enriquecen. De manera semejante, las disciplinas humanísticas, en sus nexos recíprocos y por la consistencia de sus creaciones, propician la comprensión de múltiples situaciones históricas y sociales que se reflejan en el arte y la literatura, en el pensamiento filosófico y el movimiento de las ideas. Estos aspectos permiten afirmar que, con proyectos y prácticas interdisciplinarias en ciencias sociales y disciplinas humanísticas, podrían superarse los efectos de planes y programas excluyentes, basados en la unilateralidad y aislamiento de unas y otras.



En otro lugar de este trabajo, se dijo que las finalidades de analizar e investigar los problemas y perspectivas de nuestra América no son iguales ni equivalentes en el escenario actual del mundo. Para los países metropolitanos, aunque en ellos se lleven a cabo valiosos proyectos de investigación literaria y humanística, los fines se condensan preferentemente en la adquisición de un saber utilitario, vinculado a su papel dominante. En lo que corresponde a nosotros, los estudios latinoamericanos -con enfoque científico o humanístico- tienen por finalidad comprender, conocer y explicar nuestra realidad interpretada y enriquecida con la experiencia cotidiana de su estudio.

Esta disertación ha empezado con una referencia periodística y se ha desarrollado como un alegato. He alegado por la necesidad e importancia de los estudios latinoamericanos. En este texto yacen hechos escuetamente anotados, experiencias que no se explican con detalle y opiniones por demás discutibles, planteadas para el debate. He preferido dejar las cosas en ese nivel, con pleno convencimiento de que el tema ofrece posibilidades de mayor desarrollo. La reflexión conjunta de quienes propiciamos enfoques humanistas o científicos, animada por el interés común de enriquecer el análisis, será siempre oportuna para las perspectivas de los estudios latinoamericanos.

Nada nuevo creo haber dicho sobre este vasto campo de investigación, docencia y creatividad en el conocimiento de lo nuestro, pero lo que dije, lo diré siempre con la certeza



Mario Miranda Pacheco

---

de que las palabras, aunque morada transitoria de las ideas, son buen testimonio de mis convicciones y esperanzas.

Agradezco la generosidad de ustedes que me han obsequiado su paciencia y su tiempo, hoy día tan escasos y por ello más valiosos.

Muchas gracias.

## REFERENCIAS DE LOS TEXTOS

1 "Sobre el oficio del latinoamericanista" Transcripción de la cinta grabada el 7 de octubre de 1987 en el Aula Magna de la Facultad de Filosofía y Letras.

2 "Diez notas sobre la carrera universitaria de Estudios Latinoamericanos" Publicado en la *Revista de Educación Superior*, N° 43, Julio-Septiembre, México 1982.

3 "Interdisciplinarietà en los estudios latinoamericanos" Ponencia presentada en el Simposium para la Coordinación y Difusión de los Estudios Latinoamericanos. México, Noviembre 26, 1978. Publicada en *Revista de la Educación Superior*, N° 28, Octubre- Diciembre. México, 1978.

4 "Alegato en pro de los estudios latinoamericanos" Conferencia magistral impartida en el Congreso Internacional de Educación Superior. Saltillo, Coahuila, Septiembre 10-12, 1984; publicada en la *Revista de la Educación Superior*, N° 51, Julio-Septiembre, 1984, México.

*Sobre el oficio del latinoamericanista. Pláticas y reflexiones*, de Mario Miranda Pacheco, publicado por la Secretaría de Prensa y Propaganda del STUNAM, Cúbo Ediciones, Proyectos Culturales “Víctor Jara” y por la Familia Miranda. Se terminó de imprimir en junio de 2010 en los talleres de la imprenta STUNAM, México, D. F. El tiraje consta de 1000 ejemplares en papel cultural de 90 gramos para interiores y papel cart rústicus, g. blanco, de 200 gramos para cubierta. La tipografía (Palatino Linotype 7, 8, 10, 11, 12, 16 y Ball 10, 18) y la formación y diseño estuvieron a cargo de Grupo Proyectos Asfáltica







La importancia y la necesidad de los Estudios Latinoamericanos son un imperativo sobre el que llama la atención la pequeña gran obra que el lector tiene ahora en sus manos, producto del razonamiento, del enfoque interdisciplinario y del sentimiento profundo de su autor, Don Mario Miranda Pacheco, así reconocido por sus muchos amigos y colegas por su enorme capacidad intelectual y decencia Humana.

Dichos imperativo adquiere relevancia presente por la sencilla razón de que los grandes problemas de Nuestra América están y se multiplican, al igual que las esperanzas, fe y posibilidades de solución. En este contexto, quienes están llamados a tomar la estafeta de los grandes latinoamericanista de nuestro pasado-presente son, entre otr@s, los que están intentando formarse en las aulas universitarias, para lo cual necesitan tener la plena conciencia de cuál es su misión y la tradición que les antecede, como firme cimiento para orientarse en el difícil ejercicio de este oficio.

Por otra parte, siempre será necesario reactualizarse, renovando la fe y el entusiasmo en nuestros Estudios Latinoamericanos, como un paso previo o paralelo a la organización, planeación y programación de sus actividades académicas, a fin de darles sentido y mejor realización. Así pues, y con este propósito, se reedita el presente texto dedicado con cariño a las nuevas generaciones de latinoamericanistas y a tod@s l@s Latinoamerican@s dispuestos a mirarse como constructores del futuro.

Con Don Mario, nuestros viejos y nuevos maestros, y nuestros héroes, hagamos causa común por ese mejor futuro que la mayoría merecemos.

Proyectos Culturales "Víctor Jara"

\_\_\_\_\_ uadernos de  
onsideraciones

